

Domingo III de Adviento *Gaudete* (ciclo B)

- **DEL MISAL MENSUAL**
- **BIBLIA DE NAVARRA** (www.bibliadenavarra.blogspot.com)
- **SAN JUAN CRISÓSTOMO** (www.iveargentina.org)
- **FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2014**
- **BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011**
- **DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos**
- **RANIERO CANTALAMESSA** (www.cantalamezza.org)
- **FLUVIUM** (www.fluvium.org)
- **PALABRA Y VIDA** (www.palabrayvida.com.ar)
- **BIBLIOTECA ALMUDÍ** (www.almudi.org)
 - Homilías con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II
 - Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva
 - Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica
- **HABLAR CON DIOS** (www.hablarcondios.org)
- **Rev. D. Joaquim MESEGUER García (Barcelona)** (www.evangelinet.net)

DEL MISAL MENSUAL

UN HOMBRE ENVIADO POR DIOS

Is 61, 1-2. 10-11; 1 Tes 5, 16-24; Jn 1,6-8. 19-28

Muy claramente observamos el esquema promesa-cumplimiento en las dos lecturas que nos ofrece la liturgia. El profeta Isaías presenta a un hombre que tiene clara conciencia de su misión y su autoridad. No actuará a título personal, sino en calidad de enviado de Dios; más aún, realizará una misión que lo sobrepasa, siendo robustecido por la fuerza del Espíritu. Se sabe y vive como un ungido del Señor que dará consuelo. Él está seguro que la suerte de la gente que sufre, dará un vuelco favorable. Juan Bautista vivió en un periodo de transición. Expresamente renunció a considerarse el Profeta y el Mesías y apenas se reconoció así mismo como el mensajero anunciado por Isaías. Sabemos que el Señor Jesús siguió de cerca a Juan, que se entusiasmó con su movimiento renovador y que posteriormente se apartó de él, para anunciar con menos severidad que Juan, la llegada inminente del Reino de Dios.

ANTÍFONA DE ENTRADA Cfr. Flp 4, 4. 5

Estén siempre alegres en el Señor, les repito, estén alegres. El Señor está cerca.

No se dice Gloria.

ORACIÓN COLECTA

Dios nuestro, que contemplas a tu pueblo esperando fervorosamente la fiesta del nacimiento de tu Hijo, concédenos poder alcanzar la dicha que nos trae la salvación y celebrarla siempre con la solemnidad de nuestras ofrendas y con vivísima alegría. Por nuestro Señor Jesucristo...

LITURGIA DE LA PALABRA

PRIMERA LECTURA

Me alegro en el Señor con toda el alma.

Del libro del profeta Isaías: 61, 1-2. 10-11

El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido y me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres, a curar a los de corazón quebrantado, a proclamar el perdón a los cautivos, la libertad a los prisioneros, y a pregonar el año de gracia del Señor.

Me alegro en el Señor con toda el alma y me lleno de júbilo en mi Dios, porque me revistió con vestiduras de salvación y me cubrió con un manto de justicia, como el novio que se pone la corona, como la novia que se adorna con sus joyas.

Así como la tierra echa sus brotes y el jardín hace germinar lo sembrado en él, así el Señor hará brotar la justicia y la alabanza ante todas las naciones.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Lucas 1:47

R/. Mi espíritu se alegra en Dios, mi salvador.

Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu se llena de júbilo en Dios, mi salvador, porque puso los ojos en la humildad de su esclava. **R/.**

Desde ahora me llamarán dichosa todas las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el que todo lo puede. Santo es su nombre, y su misericordia llega de generación en generación a los que lo temen. **R/.**

A los hambrientos los colmó de bienes y a los ricos los despidió sin nada. Acordándose de su misericordia, vino en ayuda de Israel, su siervo. **R/.**

SEGUNDA LECTURA

Conservémonos irreprochables en cuerpo y alma hasta la llegada del Señor

De la primera carta del apóstol san Pablo a los tesalonicenses: 5,16-24

Hermanos: Vivan siempre alegres, oren sin cesar, den gracias en toda ocasión, pues esto es lo que Dios quiere de ustedes en Cristo Jesús. No impidan la acción del Espíritu Santo, ni desprecien el don de profecía; pero sométanlo todo a prueba y quédense con lo bueno. Absténganse de toda clase de mal. Que el Dios de la paz los santifique a ustedes en todo y que todo su ser, espíritu, alma y cuerpo, se conserve irreprochable hasta la llegada de nuestro Señor Jesucristo. El que los ha llamado es fiel y cumplirá su promesa.

Palabra de Dios.

ACLAMACIÓN ANTES DEL EVANGELIO Is 61, 1 (cit. en Lc 4. 18)

R/. Aleluya, aleluya.

El Espíritu del Señor está sobre mí. Me ha enviado para anunciar la buena nueva a los pobres. **R/.**

EVANGELIO

En medio de ustedes hay uno al que ustedes no conocen.

+ Del santo Evangelio según san Juan: 1, 6-8.19-28

Hubo un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan. Éste vino como testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Él no era la luz, sino testigo de la luz.

Éste es el testimonio que dio Juan el Bautista, cuando los judíos enviaron desde Jerusalén a unos sacerdotes y levitas para preguntarle: “¿Quién eres tú?”.

Él reconoció y no negó quién era. Él afirmó: “Yo no soy el Mesías”. De nuevo le preguntaron: “¿Quién eres, pues? ¿Eres Elías?”. Él les respondió: “No lo soy”. “¿Eres el profeta?”. Respondió: “No”. Le dijeron: “Entonces dinos quién eres, para poder llevar una respuesta a los que nos enviaron. ¿Qué dices de ti mismo?”. Juan les contestó: “Yo soy la voz que grita en el desierto: ‘Enderecen el camino del Señor’, como anunció el profeta Isaías”.

Los enviados, que pertenecían a la secta de los fariseos, le preguntaron: “Entonces ¿por qué bautizas, si no eres el Mesías, ni Elías, ni el profeta?”. Juan les respondió: “Yo bautizo con agua, pero en medio de ustedes hay uno, al que ustedes no conocen, alguien que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle las correas de sus sandalias”.

Esto sucedió en Betania, en la otra orilla del Jordán, donde Juan bautizaba.

Palabra del Señor.

ORACIÓN SOBRE LAS OFRENDAS

Que este sacrificio, Señor, que te ofrecemos con devoción, nunca deje de realizarse, para que cumpla el designio que encierra tan santo misterio y obre eficazmente en nosotros tu salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.

ANTÍFONA DE LA COMUNIÓN Cfr. Is 35, 4

Digan a los cobardes: “¡Ánimo, no teman!; miren a su Dios: viene en persona a salvarlos”.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA COMUNIÓN

Imploramos, Señor, tu misericordia, para que estos divinos auxilios nos preparen, purificados de nuestros pecados, para celebrar las fiestas venideras. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Puede utilizarse la fórmula de bendición solemne.

UNA REFLEXIÓN PARA NUESTRO TIEMPO

En una sociedad pintada de protagonismo, visible por lo menos en el gran número de políticos que quieren postularse como candidatos a la presidencia, manifiesta también en el plano personal, en esa feria de vanidades que significa exhibir fotografías y otras simplezas en las redes sociales, resultará extraño encontrarnos con la discreción y la modestia de Juan Bautista. No obstante que tenía un gran arraigo entre la gente de Israel, no perdió piso ni se le subieron los humos, se mantuvo sensato y reconocía su verdadera estatura. Era el portavoz de la luz. Los reflectores debían apuntar hacia otra persona distinta de él. No se dejó atrapar por el afán de notoriedad ni por el protagonismo. Demasiado cinismo o demasiada superficialidad la que observamos en tantas personas que se dicen idóneas para gobernar este país, cuando las cuentas que rinden son poco menos que desastrosas en

los estados donde gobiernan. Parece que estamos realmente huérfanos de servidores públicos que verdaderamente estén decididos a mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos.

BIBLIA DE NAVARRA (www.bibliadenavarra.blogspot.com)

El Espíritu del Señor está sobre mí (Is 61,1-2a.10-11)

1ª lectura

Con estilo denso y conciso este oráculo presenta al mensajero escatológico hablando en un soliloquio. Es otro de los textos claves del libro de Isaías. No es difícil encontrar puntos de contacto con los cantos del siervo, en especial con el segundo (49,1-6). La efusión del Espíritu del Señor va unida a la unción, como en el caso del rey (cfr 11,2) y del siervo del Señor (42,1). Pero este mensajero es más que un rey, más que un profeta y más que el grupo de los que habiten la ciudad santa de los últimos tiempos. Su misión se reduce a una doble función como mensajero y como consolador. Como mensajero, a semejanza del legado real en tiempos de guerra, trae buenas noticias: anuncia la redención a los cautivos y la libertad a los prisioneros (cfr Jr 34,8.17). Su mensaje equivale a anunciar un nuevo orden de cosas donde no será necesaria la represión y reinará la concordia y el bienestar. El «año de gracia del Señor» (v. 2) es parecido al año jubilar (cfr Lv 25,8-19) o al año sabático (cfr Ex 21,2-11; Jr 34,14; Ez 46,17), en cuanto que es un día señalado por el Señor y distinto de los demás; pero propiamente indica el momento en que Dios se muestra especialmente benévolo y concede la salvación definitiva (cfr 49,8). Se denomina también «día de venganza», en cuanto que en ese día esencialmente cargado de bondad los impíos recibirán también su merecido.

Como consolador, veda los corazones rotos por la enfermedad o la desgracia, alienta a los que lloran y restaura a los que hacen duelo en Sión. Cuando quien consuela es el Señor o un mensajero suyo (cfr 40,1) se espera que vuelva a restablecer a su pueblo en el puesto y dignidad del principio, a renovar la Alianza quebrantada y a restaurar las instituciones desaparecidas, es decir, a establecer una situación nueva de plenitud de bienes.

La tradición judía en tiempos de Jesús reflejada en el *targum* o traducción aramea entiende que el heraldo aquí descrito debía ser un profeta (por ello antepone al oráculo la entradilla de: «Así dice el profeta»). De este modo cuando Jesús lee el texto en la sinagoga de Nazaret señala que ha llegado el momento de su cumplimiento y que Él es el profeta del que habla Isaías: «Hoy se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír» (Lc 4,21). Enseña así que Él es el Mesías, constituido «Cristo» (Ungido) por el Espíritu Santo (cfr Is 11,2), también como el profeta que anuncia la salvación. A partir de ahí, la doctrina cristiana ha contemplado a Jesús como el Mensajero último enviado por el Espíritu Santo: «El profeta presenta al Mesías como aquél que viene por el Espíritu Santo, como aquél que posee la plenitud de este Espíritu en sí y, al mismo tiempo, para los demás, para Israel, para todas las naciones y para toda la humanidad. La plenitud del Espíritu de Dios está acompañada de múltiples dones, los de la salvación, destinados de modo particular a los pobres y a los que sufren, a todos los que abren su corazón a estos dones, a veces mediante las dolorosas experiencias de su propia existencia, pero ante todo con aquella disponibilidad interior que viene de la fe. Esto intuía el anciano Simeón, “hombre justo y piadoso” ya que “estaba en él el Espíritu Santo”, en el momento de la presentación de Jesús en el Templo, cuando descubría en él la “salvación preparada a la vista de todos los pueblos” a costa del gran sufrimiento, la Cruz, que habría de abrazar acompañado por su Madre. Esto intuía todavía mejor la Virgen María, que “había

concebido del Espíritu Santo”, cuando meditaba en su corazón los “misterios” del Mesías al que estaba asociada» (*Dominum et Vivificantem*, n. 16).

Después de este importantísimo oráculo sobre el nuevo mensajero (vv. 1-3), el profeta canta las maravillas de la ciudad santa de Jerusalén, que, una vez restaurada después del destierro es un lugar donde se goza de una alegría comparable a la de los novios en sus desposorios, o a la del labriego que contempla una cosecha fecunda (vv. 10-11).

La novedad de los acontecimientos y detalles de la ciudad mira hacia horizontes definitivos, hacia la escatología, es decir, hacia la intervención definitiva y salvadora del Señor. En este contexto, las realidades nuevas significan realidades últimas y decisivas, y por tanto que han llegado a su plenitud. Ya que en el Nuevo Testamento la Iglesia es llamada construcción de Dios (1 Co 3,9), edificada sobre el fundamento de los Apóstoles (1 Co 3,11), la tradición cristiana ha visto en la Jerusalén renovada y exaltada una figura de la Iglesia que camina en este mundo y se manifestará en el momento final (cfr *Catecismo de la Iglesia Católica*, nn. 756-757).

Estad siempre alegres (1 Ts 5,16-24)

2ª lectura

San Pablo acaba de exhortar a todos los cristianos a manifestar con obras la caridad fraterna (vv. 14-15). Como consecuencia encontrarán la paz con Dios y con los demás que llena al hombre de gozo y serenidad (v. 16). Entonces, incluso las mayores penas y dolores llevados con visión de fe no quitan la alegría: ***Si nos sentimos hijos predilectos de nuestro Padre de los Cielos, ¿que eso somos!, ¿cómo no vamos a estar alegres siempre? —Piénsalo*** (S. Josemaría Escrivá, *Forja*, n. 266).

Además, la perseverancia en la oración (v. 17) mantendrá despierta la lucha por vivir las indicaciones de San Pablo. «El Apóstol nos manda orar siempre. Para los santos el mismo sueño es oración. Sin embargo, debemos tener unas horas de oración bien repartidas de modo que, si estamos absorbidos por algún trabajo, el mismo horario nos amoneste a cumplir nuestro deber» (S. Jerónimo, *Epistulae* 22,37).

Para ello, es imprescindible también contar con la acción callada y eficaz del Espíritu Santo (vv. 19-21). «El Bienaventurado Pablo, no queriendo que se enfriara la gracia del Espíritu que se nos ha dado, [nos] exhorta escribiendo: *No apaguéis el Espíritu*. Pues de este modo continuamos siendo partícipes de Cristo: si nos adherimos hasta el final al Espíritu que se nos dio al principio. Dijo: *No apaguéis*, no porque el Espíritu esté a merced del poder de los hombres, sino porque los malvados y los ingratos demuestran querer apagarlo. Ellos, a imagen de los que han envejecido, con sus impías acciones, hacen huir al Espíritu» (S. Atanasio, *Epistulae festales* 3,4).

La santificación que Dios realiza en el hombre alcanza la totalidad de su ser. La santidad cristiana es la plenitud del orden establecido por Dios en la creación, y restablecido después del pecado. Por esto el Apóstol invoca a Dios como «Dios de la paz» (v. 23), es decir, de la tranquilidad en el orden. La santidad lleva a su perfección e integridad todas las facultades humanas, tanto corporales como espirituales; de modo que completa y perfecciona, sin alterarlo, el orden natural.

«El que os llama» (v. 24). El texto griego utiliza el participio de presente, que expresa una acción continua. La vocación divina no es un hecho aislado ocurrido en algún momento de la vida, sino una actitud permanente de Dios, que continuamente llama a los fieles a que sean santos. La fidelidad es algo propio de Dios, que cumple siempre sus promesas y no se retracta de su voluntad salvífica: «Quien comenzó en vosotros la obra buena la llevará a cabo» (Flp 1,6). Por eso, la santidad depende de la gracia divina, que nunca falta, y de la correspondencia por parte del hombre. La

perseverancia final es una gracia, pero Dios no la niega a quien se esfuerza por obrar el bien. «Así pues, apoyados en esta esperanza, únanse nuestras almas a Aquel que es fiel en sus promesas y justo en sus juicios. El que nos mandó no mentir, mucho menos mentirá Él mismo» (S. Clemente Romano, *Ad Corinthios* 1,27).

La misión del Bautista (Jn 1, 6-8. 19-28)

Evangelio

Juan Bautista aparece en un momento histórico concreto como el testigo directo de Jesucristo ante los hombres. Así dirá san Agustín: «Porque (el Verbo Encarnado) era hombre y ocultaba su divinidad, le precedió un gran hombre con la misión de dar testimonio a favor del que era más que hombre» (In Ioann. Evang., 2,5).

Todo el Antiguo Testamento es una preparación para la venida de Cristo. Así los Patriarcas y Profetas anunciaron de diversas maneras la salvación que vendría por el Mesías. Pero Juan Bautista, el más grande de los nacidos de mujer (cfr. Mt 11, 11), pudo señalar con el dedo al propio Mesías (cfr Jn 1, 29), siendo el testimonio del Bautista la culminación de todas las profecías anteriores.

La misión de Juan Bautista como testigo de Jesucristo es tan importante que los evangelios Sinópticos comienzan la narración del ministerio público de Jesús por ese testimonio del Bautista. Los discursos de San Pedro y los de San Pablo, recogidos en los hechos de los Apóstoles, también aluden al testimonio de Juan. El cuarto Evangelio lo menciona hasta siete veces. Sabemos, además, que el apóstol San Juan había sido discípulo del Bautista antes de serlo del Señor, y que precisamente el Bautista fue quien le había encaminado hacia Cristo.

El Nuevo Testamento pues, nos enseña la trascendencia de la misión del Bautista, al mismo tiempo que la clara conciencia de éste de no ser más que el Precursor inmediato del mesías, al cual no es digno de desatar la correa de sus sandalias (cfr Mc 1, 7); por eso el Bautista insiste en su papel de testigo de Cristo y en su misión de preparar el camino al Mesías. El testimonio de Juan Bautista permanece a través de los tiempos, invitando a todos los hombres a abrazar la fe en Jesús, la Luz verdadera.

La misión que Dios le encomendó al Bautista fue testimoniar, con su vida y con su palabra, que Jesucristo es el Mesías e Hijo de Dios. El Precursor exhorta a la penitencia viviendo él mismo ese espíritu de austeridad que predicaba; señala a Jesús como Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, y lo proclama con valentía ante los judíos. La recia figura del Bautista es modelo de la fortaleza con que hemos de confesar a Cristo: «Todos los cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar, con el ejemplo de su vida y el testimonio de la palabra, el hombre nuevo de que se revistieron por el Bautismo...» (*Ad gentes*, n. 11).

En un ambiente de intensa expectación mesiánica, el Bautista aparece como una figura rodeada de un prestigio extraordinario; prueba de ello es que las autoridades judías envían personajes cualificados (sacerdotes y levitas de Jerusalén) a preguntarle si es el Mesías.

Llama la atención la gran humildad de Juan: se adelanta a sus interlocutores afirmando: «No soy el Cristo». Se considera tan pequeño delante del Señor que dirá: «No soy digno de desatar la correa de sus sandalias». Toda la fama de que disfrutaba la pone al servicio de su misión de Precursor del Mesías y, con olvido total de sí mismo, afirma que «es necesario que él crezca y que yo disminuya» (Jn 3, 30).

SAN JUAN CRISÓSTOMO (www.iveargentina.org)

La malicia de los fariseos y la humildad de Juan Bautista

Este es el testimonio de Juan, cuando los judíos le enviaron desde Jerusalén sacerdotes y levitas para preguntarle: ¿Quién eres tú? (Juan 1, 19).

GRAVE COSA ES la envidia, carísimos; grave cosa es, pero no para los envidiados, sino para los que envidian. A éstos, antes que a nadie, es a quienes daña; a éstos destroza antes que a nadie, pues llena su ánimo de un como mortífero veneno. Si daña en algo a los envidiados, el daño es pequeño y de nonada, puesto que les acarrea una ganancia mayor que el daño. Y no sólo en la envidia, sino también en los demás vicios, quien recibe el daño no es el que sufre el mal, sino el que lo causa. Si esto no fuera así, no habría Pablo ordenado a los discípulos sufrir las injurias antes que perpetrarlas, cuando dice: *¿Por qué no más bien toleráis el atropello? ¿Por qué no más bien sufrís el despojo?* (1 Co 6, 7). Sabía perfectamente que en todo caso la ruina sería no para el que sufre el mal, sino para el que lo causa.

Todo esto lo he dicho a causa de la envidia de los judíos. Los que de las ciudades habían concurrido y arrepentidos confesaban sus pecados y se bautizaban, movidos a penitencia, envían a algunos que le pregunten: *¿Tú quién eres?* Verdadera estirpe de víboras; serpientes y más que serpientes si hay algo más. Generación mala, adúltera y perversa. Tras de haber recibido el bautismo, ahora ¿preguntas e inquietas con vana curiosidad quién sea el Bautista? ¿Habría necesidad más necia que ésta? ¿Habría estulticia más estulta? Entonces ¿por qué salisteis a verlo? ¿Por qué confesasteis vuestros pecados? ¿Por qué corristeis a que os bautizara? ¿Para qué le preguntasteis lo que debíais hacer? Precipitadamente procedisteis, pues no entendíais ni el origen ni de qué se trataba.

Pero el bienaventurado Juan nada de eso les echó en cara, sino que les respondió con toda mansedumbre. Vale la pena examinar por qué procedió así. Fue para que ante todos quedara patente la perversidad de ellos. Con frecuencia Juan dio ante ellos testimonio de Cristo; y al tiempo en que los bautizaba muchas veces les hacía mención de Cristo y les decía: *Yo os bautizo en agua. Mas el que viene en pos de mí es más poderoso que yo. Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego* (Mt 3, 11). Pensaban ellos acerca de Juan algo meramente humano. Procurando la gloria mundana, y no mirando sino a lo que tenían ante los ojos, pensaban ser cosa indigna de Juan el ser inferior a Cristo.

Ciertamente muchas cosas recomendaban a Juan. Desde luego el brillo de su linaje, pues era hijo de un príncipe de los sacerdotes. En segundo lugar, la aspereza en su modo de vivir. Luego, el desprecio de todas las cosas humanas, pues teniendo en poco los vestidos, la mesa, la casa, los alimentos mismos, anteriormente había vivido en el desierto, Cristo en cambio era de linaje venido a menos, como los judíos con frecuencia se lo echaban en cara diciendo: *¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llama María su madre, y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas?* (Mt 13, 55). Y la que parecía ser su patria de tal manera era despreciable que aun Natanael vino a decir: *¿De Nazaret puede salir algo bueno?* Añadíase el género de vida vulgar y el vestido ordinario. No andaba ceñido con cinturón de cuero ni tenía túnica de pelo de camello, ni se alimentaba de miel silvestre y de langostas, sino que su comida era de manjares ordinarios, y se presentaba incluso en los convites de publicanos y hombres pecadores para atraerlos.

No entendiendo esto los judíos, se lo reprochaban, como Él mismo lo advirtió: *Vino el Hijo del hombre que come y bebe y dicen: Ved ahí a un hombre glotón y bebedor, amigo de publicanos y pecadores* (Mt 11, 19). Pues como Juan con frecuencia remitiera a quienes se le acercaban de los judíos a Cristo, el cual a ellos les parecía inferior a Juan; y éstos avergonzados y llevándolo a mal, prefirieran tener como maestro a Juan, no atreviéndose a decirlo abiertamente, lo que hacen es

enviarle algunos de ellos, esperando que por medio de la adulación lo obligarían a declarar ser él el Cristo.

Y no le envían gente de la ínfima clase social, como a Cristo, cuando querían cogerlo en palabras —pues en esa ocasión le enviaron unos siervos y luego unos herodianos, gente de esa misma clase—, sino que le envían sacerdotes y levitas; y no sacerdotes cualesquiera, sino de Jerusalén, o sea, de los más honorables —pues no sin motivo lo subrayó el evangelista—. Y los envían para preguntarle: *¿Tú quién eres?* El nacimiento de Juan había sido tan solemne que todos decían: *Pues ¿qué va a ser este niño?* (Lc 1, 66). Y se divulgó por toda la región montañosa. Y cuando se presentó en el Jordán, de todas las ciudades volaron a él; y de Jerusalén y de toda Judea iban a él para ser bautizados. De modo que los enviados preguntan ahora no porque ignoren quién es —¿cómo lo podían ignorar, pues de tantos modos se había dado a conocer?—, sino para inducirlo a confesar lo que ya anteriormente indiqué.

Oye, pues, cómo este bienaventurado responde, no a la pregunta directamente, sino conforme a lo que ellos pensaban. Le preguntaban: *¿Tú quién eres?* y él no respondió al punto lo que convenía responder: *Soy la voz que clama en el desierto* (Jn 1, 23), sino ¿qué? Rechaza lo que ellos sospechaban. Pues preguntado: *¿Tú quién eres?*, dice el evangelista: *Lo proclamó y no negó la verdad y declaró: Yo no soy el Cristo.* Observa la prudencia del evangelista. Tres veces repite la afirmación, para subrayar tanto la virtud del Bautista como la perversidad de los judíos.

Por su parte Lucas dice que como las turbas sospecharan si él sería el Cristo, Juan reprimió semejante sospecha. Deber es éste de un siervo fiel: no sólo no apropiarse la gloria de su Señor, sino aun rechazarla si la multitud se la ofrece. Las turbas llegaron a semejantes sospechas por su ignorancia y sencillez; pero los judíos, como ya dije, le preguntaban con maligna intención, esperando obtener de sus adulaciones la respuesta que anhelaban. Si no hubieran intentado eso, no habrían pasado tan inmediatamente a la siguiente pregunta; sino que, indignados porque él no respondía según el propósito que traían, le habrían dicho: ¿Acaso nosotros hemos sospechado eso? ¿Venimos por ventura a preguntarte eso que dices? Pero cogidos en su misma trampa, pasan a otra pregunta.

¿Entonces qué? ¿Eres tú Elías? Y él les respondió: No soy. Porque ellos esperaban la venida de Elías, como lo indicó Cristo. Pues cuando los discípulos le preguntaron: *¿Cómo es que los escribas dicen que antes debe venir Elías?* Él les respondió: *Elías, cierto, ha de venir y lo restaurará todo* (Mt 17, 10). Luego los judíos preguntan a Juan: *¿Eres tú el profeta?* Y respondió: *¡No!* Y sin embargo era profeta. Entonces ¿por qué lo niega? Es que de nuevo atiende al pensamiento de los que preguntan. Esperaban éstos que había de venir un gran profeta, pues Moisés había dicho: *Os suscitará un profeta el Señor Dios de entre vuestros hermanos, como yo, al cual escucharéis* (Dt 18, 15). Se refería a Cristo. Por eso no le preguntan: ¿Eres un profeta? es decir, uno del número de los profetas, sino que ponen el artículo, como si dijeran: ¿Eres tú aquel profeta? Es decir el anunciado por Moisés. Y por esto Juan negó ser aquel profeta, pero no negó ser profeta.

Insistiéronle: ¿quién eres, pues? Dínoslo, para que podamos dar una respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? Observa cómo se empeñan e instan y no desisten; y cómo Juan, una vez descartadas las falsas opiniones, establece la verdad. Pues dice: *Yo soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como lo dijo el profeta Isaías.* Pues había proclamado algo grande y excelente acerca de Cristo, atemperándose a la opinión de ellos se refugia en el profeta Isaías y por aquí hace creíbles sus palabras. Y dice el evangelista: *Los que se le habían enviado eran algunos de los fariseos. Y le preguntaron y dijeron: ¿Cómo, pues, bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta?*

¿Ves por aquí cómo no procedí yo a la ligera cuando afirmé que ellos querían inducirlo a la dicha confesión? Al principio hablaron así para no ser entendidos de todos. Pero después, como Juan afirmó: *No soy el Cristo*, enseguida, para encubrir lo que en su interior maquinaban, recurrieron a Elías y al Profeta. Y cuando Juan les dijo que no era ni el uno ni el otro, dudosos, pero ya abiertamente, manifiestan su dolo y le dicen: *Entonces ¿cómo es que bautizas si no eres el Cristo?* Pero de nuevo encubriendo su pensamiento recurren a Elías y al Profeta. Pues no pudieron vencer al Bautista por la adulación, creyeron que lo lograrían mediante la acusación, para que confesara lo que ellos anhelaban, y que no era verdad.

¡Oh locura, oh arrogancia y curiosidad extemporánea! Se os ha enviado para saber de Juan de dónde sea y de quién es. Y ahora vosotros ¿le pondréis leyes? Porque tales palabras eran propias de quienes lo quieren obligar a que confiese ser Cristo. Y, sin embargo, tampoco ahora muestra indignación; ni, como parecía convenir, exclamó algo parecido a esto: ¿Me ponéis mandato y me fijáis leyes? Sino que de nuevo manifiesta suma moderación. Pues les dice. *Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está ya el que vosotros no conocéis, Ese es el que ha de venir en pos de mí, el que existía antes que yo y del cual no soy digno de desatar la correa de sus sandalias.*

¿Qué pueden oponer a esto los judíos? La acusación contra ellos por aquí se torna irrefutable; su condenación no tiene perdón que la pueda apartar; contra sí mismos han pronunciado la sentencia. ¿Cómo y en qué forma? Tenían a Juan como digno de fe y tan veraz, que se le debía creer no solamente cuando diera testimonio de otros, sino también cuando lo diera acerca de sí mismo. Si no hubieran pensado así de él, nunca le habrían enviado quienes le preguntaran acerca de sí mismo. Sabéis bien vosotros que nadie da crédito a quienes hablan de sí mismos, sino cuando se les tiene por sumamente veraces. Y no es esto sólo lo que les cierra la boca, sino además el ánimo con que lo acometieron.

Se acercaron a Juan con sumo anhelo, aunque luego cambiaron: Ambas cosas significó Cristo cuando dijo: *Juan era una antorcha que brillaba y ardía; y a vosotros os plugo regocijaros momentáneamente con su llama* (Jn 5, 35). La respuesta de Juan le procuraba todavía una mayor credibilidad. Pues dice Cristo: *El que no busca su gloria es veraz y en él no hay injusticia* (Jn 7, 18). Juan no la buscó, sino que los remitió a Cristo. Y los que le fueron enviados eran de los más dignos de fe y principales entre ellos, de modo que no les quedara excusa o perdón por no haber creído en Cristo.

¿Por qué no creéis a lo que Juan afirmaba de Cristo? Enviasteis a vuestros principales. Por boca de ellos vosotros interrogasteis. Oísteis lo que respondió el Bautista. Los enviados desplegaron todo su empeño, toda su diligencia, y todo lo escrutaron, y trajeron al medio a todos los varones de quienes tenían sospecha que fuera Juan. Y sin embargo éste con toda libertad les respondió y confesó no ser el Cristo, ni Elías, ni el famoso Profeta. Y no contento con esto, declaró quién era él y habló de la naturaleza de su bautismo, afirmando ser humilde y poca cosa y que, fuera del agua, ninguna virtud tenía, y proclamó la excelencia del bautismo instituido por Cristo. Trajo además el testimonio del profeta Isaías, proferido mucho antes y en el que al otro lo llamaba Señor y a Juan siervo y ministro.

¿Qué más habían de esperar? ¿Qué faltaba? ¿Acaso no únicamente que creyeran a aquel de quien Juan daba testimonio, y lo adoraran y lo confesaran como Dios? Y que semejante testimonio no procediera de adulación, sino de la verdad, lo comprobaban las costumbres y la prudencia y demás virtudes del testificante. Lo cual era manifiesto, pues nadie hay que prefiera al vecino a sí mismo, ni que ceda a otro el honor que puede él apropiarse, sobre todo tratándose de tan gran honor. De modo que Juan, si Cristo no fuera verdaderamente Dios, jamás habría proferido tal testimonio. Si

rechazó aquel honor porque inmensamente superaba a lo que él era, ciertamente nunca habría atribuido tal honor a otro que le fuera inferior.

En medio de vosotros está ya el que vosotros no conocéis. Habló así Juan porque Cristo, como era conveniente, se mezclaba con el pueblo y andaba como uno de los plebeyos, porque en todas partes daba lecciones de despreciar el fausto y las pompas y vanidades. Al hablar aquí Juan de conocimiento, se refiere a un conocimiento perfecto acerca de quién era Cristo y de dónde venía. Lo otro que dice Juan y lo repite con frecuencia: *Vendrá después de mí*, es como si dijera: No penséis que con mi bautismo ya está todo perfecto. Si lo estuviera, nadie vendría después de mí a traer otro bautismo nuevo. Este mío no es sino cierto modo de preparación. Lo mío es sombra, es imagen. Se necesita que venga otro que opere la realidad. De modo que la expresión: *Vendrá en pos de mí* declara la dignidad del bautismo de Cristo. Pues si el de Juan fuera perfecto, no se buscaría otro además.

Es más poderoso que yo. Es decir más honorable, más esclarecido. Y luego, para que no pensaran que esa superioridad en la excelencia la decía refiriéndose a sí mismo, quiso declarar que no había comparación posible y añadió: *Yo no soy digno de desatar la correa de sus sandalias.* De modo que no solamente ha sido constituido superior a mí, sino que las cosas son tales que no merezco que se me cuente entre los últimos de sus esclavos; puesto que desatar la correa del calzado es el más bajo de los servicios. Pues si Juan no es digno de desatar la correa, Juan, mayor que el cual no ha nacido nadie de mujer ¿en qué lugar nos pondremos nosotros? Si Juan, que era superior a todo el mundo (pues dice Pablo: *De los que el mundo no era digno* (He 11, 38)), no se siente digno de ser contado entre los últimos servidores de Cristo, ¿qué diremos nosotros, cargados de tantas culpas y que tan lejos estamos de Juan en las virtudes cuanto la tierra dista del cielo?

Juan se declara indigno de desatar la correa de su calzado. Pero los enemigos de la verdad se lanzan a tan grande locura que afirman conocer a Cristo como Él se conoce. ¿Qué habrá peor que semejante desvarío? ¿Qué más loco que semejante arrogancia? Bien dijo cierto sabio: *El principio de la soberbia es no conocer a Dios* (Sir 10, 14). No habría sido destronado el demonio, ni convertido en demonio aquel que antes no lo era, si no hubiera enfermado con esta enfermedad. Esto fue lo que lo derribó de su antigua amistad con Dios; esto lo arrojó a la gehenna; fue para él cabeza y raíz de todos los males. Este vicio echa a perder todas las virtudes: la limosna, la oración, el ayuno y todas las demás. Dice el sabio: El soberbio entre los hombres, es impuro delante de Dios.

No mancha tanto al hombre ni la fornicación ni el adulterio, cuanto lo mancha la soberbia. ¿Por qué? Porque la fornicación, aun cuando sea indigna de perdón, sin embargo puede alguno poner como pretexto la furia de la pasión. Pero la arrogancia no tiene motivo alguno ni pretexto por el cual merezca ni sombra de perdón. Porque no es otra cosa que una subversión de la mente: enfermedad gravísima nacida de la necedad. Pues nada hay más necio que un hombre arrogante, aun cuando sea opulentísimo; aun cuando esté dotado de suma sabiduría humana; aunque sea sumamente poderoso; aunque haya logrado todas cuantas cosas parecen deseables a los hombres.

Si el infeliz y miserable que se ensoberbece de los bienes verdaderos pierde la recompensa de todos ellos, el que se enorgullece de los bienes aparentes y que nada son; el que se hincha con la sombra y la flor del heno, o sea con la gloria vana ¿cómo no será el más ridículo de los hombres? Porque no hace otra cosa que el pobre y el mendigo que pasa la vida consumido de hambre, pero se gloria de haber tenido un ensueño placentero. Oh infeliz y mísero que mientras tu alma se corrompe con gravísima enfermedad, sufriendo de pobreza suma, tú andas ensoberbecido porque posees tantos más cuantos talentos de oro y tantas más cuántas turbas de esclavos. Pero ¡si esas cosas no son tuyas! Y si a mí no me crees, apréndelo por la experiencia de otros ricos. Si a tanto llega tu embriaguez que

con esos ejemplos no quedas enseñado, espera un poco y lo sabrás por propia experiencia. Todo eso de nada te servirá cuando entregues el alma; y sin que puedas ser dueño de una hora ni de un minuto, todo lo abandonarás contra tu voluntad a los que se hallan presentes; y con frecuencia serán aquellos a quienes tú menos querías abandonarlo.

A muchísimos ni siquiera se les ha concedido disponer de sus bienes, sino que se murieron repentinamente, al tiempo preciso en que anhelaban disfrutarlos. No se les concedió, sino que arrastrados y violentamente arrancados de la vida, los dejaron a quienes en absoluto no querían dejarlos. Para que esto no nos acontezca, ahora mismo, mientras la salud lo permita, enviémoslos desde aquí a nuestra patria y ciudad. Solamente allá podremos disfrutar de ellos y no en otra parte alguna: así los pondremos en sitio segurísimo. Porque nada ¡no! nada puede arrebatarnos de ahí: ni la muerte, ni el testamento, ni la sucesión hereditaria, ni los defraudadores, ni las asechanzas: quien de aquí allá vaya llevando grande cantidad de bienes, disfrutará de ellos perpetuamente.

¿Quién será, pues, tan mísero que no anhele gozar delicias con sus dineros eternamente? ¡Transportemos nuestras riquezas, coloquemoslas allá! No necesitaremos de asnos ni de camellos ni de carros ni de naves para ese transporte: Dios nos libró de semejante dificultad. Solamente necesitamos de los pobres, de los cojos, de los ciegos, de los enfermos. A ellos se les ha encomendado semejante transporte. Ellos son los que transfieren las riquezas al cielo. Ellos son los que conducen a quienes tales riquezas poseen a la herencia de los bienes eternos. Herencia que ojalá nos acontezca a todos conseguir, por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, por el cual y con el cual sea al Padre la gloria, juntamente con el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. —Amén.

(Explicación del Evangelio de San Juan, Homilía XVI, Tradición México 1981, p. 128-36).

FRANCISCO – Ángelus 2013 y 2014

Ángelus 2013

La alegría cristiana tiene su fundamento en la fidelidad de Dios

¡Gracias! Queridos hermanos y hermanas, ¡buenos días!

Hoy es el tercer domingo de Adviento, llamado también domingo de *Gaudete*, es decir, domingo de la alegría. En la liturgia resuena repetidas veces la invitación a gozar, a alegrarse. ¿Por qué? Porque el Señor está cerca. La Navidad está cercana. El mensaje cristiano se llama «Evangelio», es decir, «buena noticia», un anuncio de alegría para todo el pueblo; la Iglesia no es un refugio para gente triste, la Iglesia es la casa de la alegría. Y quienes están tristes encuentran en ella la alegría, encuentran en ella la verdadera alegría.

Pero la alegría del Evangelio no es una alegría cualquiera. Encuentra su razón de ser en el saberse acogidos y amados por Dios. Como nos recuerda hoy el profeta Isaías (cf. 35, 1-6a.8a.10), Dios es Aquél que viene a salvarnos, y socorre especialmente a los extraviados de corazón. Su venida en medio de nosotros fortalece, da firmeza, dona valor, hace exultar y florecer el desierto y la estepa, es decir, nuestra vida, cuando se vuelve árida. ¿Cuándo llega a ser árida nuestra vida? Cuando no tiene el agua de la Palabra de Dios y de su Espíritu de amor. Por más grandes que sean nuestros límites y nuestros extravíos, no se nos permite ser débiles y vacilantes ante las dificultades y ante nuestras debilidades mismas. Al contrario, estamos invitados a robustecer las manos, a fortalecer las rodillas, a tener valor y a no temer, porque nuestro Dios nos muestra siempre la grandeza de su misericordia. Él nos da la fuerza para seguir adelante. Él está siempre con nosotros para ayudarnos a

seguir adelante. Es un Dios que nos quiere mucho, nos ama y por ello está con nosotros, para ayudarnos, para robustecernos y seguir adelante. ¡Ánimo! ¡Siempre adelante! Gracias a su ayuda podemos siempre recomenzar de nuevo. ¿Cómo? ¿Recomenzar desde el inicio? Alguien puede decirme: «No, Padre, yo he hecho muchas cosas... Soy un gran pecador, una gran pecadora... No puedo recomenzar desde el inicio». ¡Te equivocas! Tú puedes recomenzar de nuevo. ¿Por qué? Porque Él te espera, Él está cerca de ti, Él te ama, Él es misericordioso, Él te perdona, Él te da la fuerza para recomenzar de nuevo. ¡A todos! Entonces somos capaces de volver a abrir los ojos, de superar tristeza y llanto y entonar un canto nuevo. Esta alegría verdadera permanece también en la prueba, incluso en el sufrimiento, porque no es una alegría superficial, sino que desciende en lo profundo de la persona que se fía de Dios y confía en Él.

La alegría cristiana, al igual que la esperanza, tiene su fundamento en la fidelidad de Dios, en la certeza de que Él mantiene siempre sus promesas. El profeta Isaías exhorta a quienes se equivocaron de camino y están desalentados a confiar en la fidelidad del Señor, porque su salvación no tardará en irrumpir en su vida. Quienes han encontrado a Jesús a lo largo del camino, experimentan en el corazón una serenidad y una alegría de la que nada ni nadie puede privarles. Nuestra alegría es Jesucristo, su amor fiel e inagotable. Por ello, cuando un cristiano llega a estar triste, quiere decir que se ha alejado de Jesús. Entonces, no hay que dejarle solo. Debemos rezar por él, y hacerle sentir el calor de la comunidad.

Que la Virgen María nos ayude a apresurar el paso hacia Belén, para encontrar al Niño que nació por nosotros, por la salvación y la alegría de todos los hombres. A ella le dice el Ángel: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo» (Lc 1, 28). Que ella nos conceda vivir la alegría del Evangelio en la familia, en el trabajo, en la parroquia y en cada ambiente. Una alegría íntima, hecha de asombro y ternura. La alegría que experimenta la mamá cuando contempla a su niño recién nacido, y siente que es un don de Dios, un milagro por el cual sólo se puede agradecer.

Ángelus 2014

Jesús es la meta cuando el corazón del hombre busca la alegría

Queridos hermanos y hermanas,

queridos niños, queridos jóvenes, ¡buenos días!

Desde ya hace dos semanas el Tiempo de Adviento nos invita a la vigilancia espiritual para preparar el camino al Señor que viene. En este tercer domingo la liturgia nos propone otra actitud interior con la cual vivir esta espera del Señor, es decir, la alegría. La alegría de Jesús, como dice ese cartel: «Con Jesús la alegría está en casa». Esto es, nos propone la alegría de Jesús.

El corazón del hombre desea la alegría. Todos deseamos la alegría, cada familia, cada pueblo aspira a la felicidad. ¿Pero cuál es la alegría que el cristiano está llamado a vivir y testimoniar? Es la que viene de la *cercanía de Dios*, de su *presencia* en nuestra vida. Desde que Jesús entró en la historia, con su nacimiento en Belén, la humanidad recibió un brote del reino de Dios, como un terreno que recibe la semilla, promesa de la cosecha futura. ¡Ya no es necesario buscar en otro sitio! Jesús vino a traer la alegría a todos y para siempre. No se trata de una alegría que sólo se puede esperar o postergar para el momento que llegue el paraíso: aquí en la tierra estamos tristes, pero en el paraíso estaremos alegres. ¡No! No es esta, sino una alegría que ya es real y posible de experimentar ahora, porque *Jesús mismo es nuestra alegría*, y con Jesús la alegría está en casa, como dice ese cartel vuestro: con Jesús la alegría está en casa. Todos, digámoslo: «Con Jesús la alegría está en

casa». Otra vez: «Con Jesús la alegría está en casa». Y sin Jesús, ¿hay alegría? ¡No! ¡Geniales! Él está vivo, es el Resucitado, y actúa en nosotros y entre nosotros, especialmente con la Palabra y los Sacramentos.

Todos nosotros bautizados, hijos de la Iglesia, estamos llamados a acoger siempre de nuevo la presencia de Dios en medio de nosotros y ayudar a los demás a descubrirla, o a redescubrirla si la olvidaron. Se trata de una misión hermosa, semejante a la de Juan el Bautista: orientar a la gente a Cristo —¡no a nosotros mismos!— porque Él es la meta a quien tiende el corazón del hombre cuando busca la alegría y la felicidad.

También san Pablo, en la liturgia de hoy, indica las condiciones para ser «misioneros de la alegría»: rezar con perseverancia, dar siempre gracias a Dios, cooperando con su Espíritu, buscar el bien y evitar el mal (cf. *1 Ts* 5, 17-22). Si este será nuestro estilo de vida, entonces la Buena Noticia podrá entrar en muchas casas y ayudar a las personas y a las familias a redescubrir que en Jesús está la salvación. En Él es posible encontrar la paz interior y la fuerza para afrontar cada día las diversas situaciones de la vida, incluso las más pesadas y difíciles. Nunca se escuchó hablar de un santo triste o de una santa con rostro fúnebre. Nunca se oyó decir esto. Sería un contrasentido. El cristiano es una persona que tiene el corazón lleno de paz porque sabe centrar su alegría en el Señor incluso cuando atraviesa momentos difíciles de la vida. Tener fe no significa no tener momentos difíciles sino tener la fuerza de afrontarlos sabiendo que no estamos solos. Y esta es la paz que Dios dona a sus hijos.

Con la mirada orientada hacia la Navidad ya cercana, la Iglesia nos invita a testimoniar que Jesús no es un personaje del pasado; Él es la Palabra de Dios que hoy sigue iluminando el camino del hombre; sus gestos —los sacramentos— son la manifestación de la ternura, del consuelo y del amor del Padre hacia cada ser humano. Que la Virgen María, «Causa de nuestra alegría», nos haga cada vez más alegres en el Señor, que viene a liberarnos de muchas esclavitudes interiores y exteriores.

BENEDICTO XVI – Ángelus 2008 y 2011

2008

La cercanía de Dios es una cuestión de amor

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo, tercero del tiempo de Adviento, se llama domingo “*Gaudete*”, “estad alegres”, porque la antífona de entrada de la santa misa retoma una expresión de san Pablo en la *carta a los Filipenses*, que dice así: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres”. E inmediatamente después añade el motivo: “El Señor está cerca” (*Flp* 4, 4-5). Esta es la razón de nuestra alegría. Pero ¿qué significa que “el Señor está cerca”? ¿En qué sentido debemos entender esta “cercanía” de Dios?

El apóstol san Pablo, al escribir a los cristianos de Filipos, piensa evidentemente en la vuelta de Cristo, y los invita a alegrarse porque es segura. Sin embargo, el mismo san Pablo, en su *carta a los Tesalonicenses*, advierte que nadie puede conocer el momento de la venida del Señor (cf. *1 Ts* 5, 1-2), y pone en guardia contra cualquier alarmismo, como si la vuelta de Cristo fuera inminente (cf. *2 Ts* 2, 1-2). Así, ya entonces, la Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, comprendía cada vez mejor que la “cercanía” de Dios no es una cuestión de espacio y de tiempo, sino más bien una cuestión de amor: el amor acerca. La próxima Navidad nos recordará esta verdad fundamental de nuestra fe y,

ante el belén, podremos gustar la alegría cristiana, contemplando en Jesús recién nacido el rostro de Dios que por amor se acercó a nosotros.

A esta luz, para mí es un verdadero placer renovar la hermosa tradición de la bendición de las estatuillas del Niño Jesús que se pondrán en el belén. Me dirijo en particular a vosotros, queridos muchachos y muchachas de Roma, que habéis venido esta mañana con vuestras estatuillas del Niño Jesús, que ahora bendigo. Os invito a uniros a mí siguiendo atentamente esta oración:

Dios, Padre nuestro,
tú has amado tanto a los hombres
que nos has mandado a tu Hijo único Jesús,
nacido de la Virgen María,
para salvarnos y guiarnos de nuevo a ti.

Te pedimos que, con tu bendición,
estas imágenes de Jesús,
que está a punto de venir a nosotros,
sean en nuestros hogares
signo de tu presencia y de tu amor.

Padre bueno,
bendícenos también a nosotros,
a nuestros padres,
a nuestras familias y a nuestros amigos.

Abre nuestro corazón,
para que recibamos a Jesús con alegría,
para que hagamos siempre lo que él nos pide
y lo veamos en todos
los que necesitan nuestro amor.

Te lo pedimos en nombre de Jesús,
tu Hijo amado,
que viene para dar al mundo la paz.
Él vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.

Y ahora recemos juntos la oración del *Angelus Domini*, invocando la intercesión de María para que Jesús, que al nacer trae a los hombres la bendición de Dios, sea acogido con amor en todos los hogares de Roma y del mundo.

2011

La alegría verdadera está vinculada a la relación con Dios

Queridos hermanos y hermanas:

Los textos litúrgicos de este período de Adviento nos renuevan la invitación a vivir a la espera de Jesús, a no dejar de esperar su venida, de tal modo que nos mantengamos en una actitud de apertura y disponibilidad al encuentro con él. La vigilancia del corazón, que el cristiano está llamado a practicar siempre en la vida de todos los días, caracteriza de modo particular este tiempo en el que

nos preparamos con alegría al misterio de la Navidad (cf. *Prefacio de Adviento II*). El ambiente exterior propone los acostumbrados mensajes de tipo comercial, aunque quizá en tono menor a causa de la crisis económica. El cristiano está invitado a vivir el Adviento sin dejarse distraer por las luces, sino sabiendo dar el justo valor a las cosas, para fijar la mirada interior en Cristo. De hecho, si perseveramos «velando en oración y cantando su alabanza» (*ib.*), nuestros ojos serán capaces de reconocer en él la verdadera luz del mundo, que viene a iluminar nuestras tinieblas.

En concreto, la liturgia de este domingo, llamado *Gaudete*, nos invita a la alegría, a una vigilancia no triste, sino gozosa. «*Gaudete in Domino semper*» —escribe san Pablo—. «Alegraos siempre en el Señor» (*Flp* 4, 4). La verdadera alegría no es fruto del divertirse, entendido en el sentido etimológico de la palabra *di-vertere*, es decir, desentenderse de los compromisos de la vida y de sus responsabilidades. La verdadera alegría está vinculada a algo más profundo. Ciertamente, en los ritmos diarios, a menudo frenéticos, es importante encontrar tiempo para el descanso, para la distensión, pero la alegría verdadera está vinculada a la relación con Dios. Quien ha encontrado a Cristo en su propia vida, experimenta en el corazón una serenidad y una alegría que nadie ni ninguna situación le pueden quitar. San Agustín lo había entendido muy bien; en su búsqueda de la verdad, de la paz, de la alegría, tras haber buscado en vano en múltiples cosas, concluye con la célebre frase de que el corazón del hombre está inquieto, no encuentra serenidad y paz hasta que descansa en Dios (cf. *Confesiones*, I, 1, 1). La verdadera alegría no es un simple estado de ánimo pasajero, ni algo que se logra con el propio esfuerzo, sino que es un don, nace del encuentro con la persona viva de Jesús, de hacerle espacio en nosotros, de acoger al Espíritu Santo que guía nuestra vida. Es la invitación que hace el apóstol san Pablo, que dice: «Que el mismo Dios de la paz os santifique totalmente, y que todo vuestro espíritu, alma y cuerpo se mantenga sin reproche hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo» (*1 Ts* 5, 23). En este tiempo de Adviento reforcemos la certeza de que el Señor ha venido en medio de nosotros y continuamente renueva su presencia de consolación, de amor y de alegría. Confiemos en él; como afirma también san Agustín, a la luz de su experiencia: el Señor está más cerca de nosotros que nosotros mismos: «*interior intimo meo et superior summo meo*» (*Confesiones*, III, 6, 11). Encomendemos nuestro camino a la Virgen Inmaculada, cuyo espíritu se llenó de alegría en Dios Salvador. Que ella guíe nuestro corazón en la espera gozosa de la venida de Jesús, una espera llena de oración y de buenas obras.

Queridos hermanos y hermanas, hoy mi primer saludo está reservado a los niños de Roma, que han venido para la tradicional bendición de los «Bambinelli», organizada por el Centro de oratorios romanos. Os doy las gracias a todos. Queridos niños, cuando recéis ante vuestro belén, acordaos también de mí, como yo me acuerdo de vosotros. Os doy las gracias y os deseo una feliz Navidad.

DIRECTORIO HOMILÉTICO – Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

El gozo

30 “Se alegre el corazón de los que buscan a Dios” (Sal 105,3). Si el hombre puede olvidar o rechazar a Dios, Dios no cesa de llamar a todo hombre a buscarle para que viva y encuentre la dicha. Pero esta búsqueda exige del hombre todo el esfuerzo de su inteligencia, la rectitud de su voluntad, “un corazón recto”, y también el testimonio de otros que le enseñen a buscar a Dios.

Tú eres grande, Señor, y muy digno de alabanza: grande es tu poder, y tu sabiduría no tiene medida. Y el hombre, pequeña parte de tu creación, pretende alabarte, precisamente el hombre que, revestido de su condición mortal, lleva en sí el testimonio de su pecado y el testimonio de que tú resistes a los soberbios. A pesar de todo, el hombre, pequeña parte de tu creación, quiere alabarte. Tú mismo le incitas a ello, haciendo que encuentre sus delicias en tu alabanza, porque nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto mientras no descansa en ti (S. Agustín, conf. 1,1,1).

La fe, comienzo de la vida eterna

163La fe nos hace gustar de antemano el gozo y la luz de la visión beatífica, fin de nuestro caminar aquí abajo. Entonces veremos a Dios “cara a cara” (1 Cor 13,12), “tal cual es” (1 Jn 3,2). La fe es pues ya el comienzo de la vida eterna:

Mientras que ahora contemplamos las bendiciones de la fe como el reflejo en un espejo, es como si poseyéramos ya las cosas maravillosas de que nuestra fe nos asegura que gozaremos un día (S. Basilio, Spir. 15,36; cf. S. Tomás de A., s.th. 2-2,4,1).

Dios mantiene y conduce la creación

301 Realizada la creación, Dios no abandona su criatura a ella misma. No sólo le da el ser y el existir, sino que la mantiene a cada instante en el ser, le da el obrar y la lleva a su término. Reconocer esta dependencia completa con respecto al Creador es fuente de sabiduría y de libertad, de gozo y de confianza:

Amas a todos los seres y nada de lo que hiciste aborreces pues, si algo odiases, no lo hubieras creado. Y ¿cómo podría subsistir cosa que no hubieses querido? ¿Cómo se conservaría si no la hubieses llamado? Mas tú todo lo perdonas porque todo es tuyo, Señor que amas la vida (Sb 11, 24 26).

736 Gracias a este poder del Espíritu Santo los hijos de Dios pueden dar fruto. El que nos ha injertado en la Vid verdadera hará que demos “el fruto del Espíritu que es caridad, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, templanza” (Ga 5, 22-23). “El Espíritu es nuestra Vida”: cuanto más renunciamos a nosotros mismos (cf. Mt 16, 24-26), más “obramos también según el Espíritu” (Ga 5, 25):

Por la comunión con él, el Espíritu Santo nos hace espirituales, nos restablece en el Paraíso, nos lleva al Reino de los cielos y a la adopción filial, nos da la confianza de llamar a Dios Padre y de participar en la gracia de Cristo, de ser llamado hijo de la luz y de tener parte en la gloria eterna (San Basilio, Spir. 15,36).

1829 La caridad tiene por frutos el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión:

La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos (S. Agustín, ep. Jo. 10,4).

1832 Los frutos del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: “caridad, gozo, paz, paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad” (Gál 5,22-23, vulg.).

2015 El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual (cf 2 Tm 4). El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas:

El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce (S. Gregorio de Nisa, hom. in Cant. 8).

2362 “Los actos con los que los esposos se unen íntima y castamente entre sí son honestos y dignos, y, realizados de modo verdaderamente humano, significan y fomentan la recíproca donación, con la que se enriquecen mutuamente con alegría y gratitud” (GS 49,2). La sexualidad es fuente de alegría y de placer:

El Creador... estableció que en esta función (de generación) los esposos experimentasen un placer y una satisfacción del cuerpo y del espíritu. Por tanto, los esposos no hacen nada malo procurando este placer y gozando de él. Aceptan lo que el Creador les ha destinado. Sin embargo, los esposos deben saber mantenerse en los límites de una justa moderación (Pío XII, discurso 29 octubre 1951).

Las características del Mesías esperado

713. Los rasgos del Mesías se revelan sobre todo en los Cantos del Siervo (cf. Is 42, 1-9; cf. Mt 12, 18-21; Jn 1, 32-34; después Is 49, 1-6; cf. Mt 3, 17; Lc 2, 32, y en fin Is 50, 4-10 y 52, 13-53, 12). Estos cantos anuncian el sentido de la Pasión de Jesús, e indican así cómo enviará el Espíritu Santo para vivificar a la multitud: no desde fuera, sino desposándose con nuestra “condición de esclavos” (Flp 2, 7). Tomando sobre sí nuestra muerte, puede comunicarnos su propio Espíritu de vida.

714. Por eso Cristo inaugura el anuncio de la Buena Nueva haciendo suyo este pasaje de Isaías (Lc 4, 18-19; cf. Is 61, 1-2):

*El Espíritu del Señor está sobre mí,
porque me ha unguido.
Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva,
a proclamar la liberación a los cautivos
y la vista a los ciegos,
para dar la libertad a los oprimidos
y proclamar un año de gracia del Señor.*

El amor de Dios por Israel

218. A lo largo de su historia, Israel pudo descubrir que Dios sólo tenía una razón para revelársele y escogerlo entre todos los pueblos como pueblo suyo: su amor gratuito (cf. Dt 4,37; 7,8; 10,15). E Israel comprendió, gracias a sus profetas, que también por amor Dios no cesó de salvarlo (cf. Is 43,1-7) y de perdonarle su infidelidad y sus pecados (cf. Os 2).

219. El amor de Dios a Israel es comparado al amor de un padre a su hijo (Os 11,1). Este amor es más fuerte que el amor de una madre a sus hijos (cf. Is 49,14-15). Dios ama a su Pueblo más que un esposo a su amada (Is 62,4-5); este amor vencerá incluso las peores infidelidades (cf. Ez 16; Os 11); llegará hasta el don más precioso: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único” (Jn 3,16).

La Iglesia, esposa de Cristo

772. En la Iglesia es donde Cristo realiza y revela su propio misterio como la finalidad de designio de Dios: “recapitular todo en El” (Ef 1, 10). San Pablo llama “gran misterio” (Ef 5, 32) al desposorio de Cristo y de la Iglesia. Porque la Iglesia se une a Cristo como a su esposo (cf. Ef 5, 25-27), por eso

se convierte a su vez en Misterio (cf. Ef 3, 9-11). Contemplando en ella el Misterio, San Pablo escribe: el misterio “es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria” (Col 1, 27)

796. La unidad de Cristo y de la Iglesia, Cabeza y miembros del Cuerpo, implica también la distinción de ambos en una relación personal. Este aspecto es expresado con frecuencia mediante la imagen del Esposo y de la Esposa. El tema de Cristo esposo de la Iglesia fue preparado por los profetas y anunciado por Juan Bautista (cf. Jn 3, 29). El Señor se designó a sí mismo como “el Esposo” (Mc 2, 19; cf. Mt 22, 1-14; 25, 1-13). El apóstol presenta a la Iglesia y a cada fiel, miembro de su Cuerpo, como una Esposa “desposada” con Cristo Señor para “no ser con él más que un solo Espíritu” (cf. 1 Co 6,15-17; 2 Co 11,2). Ella es la Esposa inmaculada del Cordero inmaculado (cf. Ap 22,17; Ef 1,4; 5,27), a la que Cristo “amó y por la que se entregó a fin de santificarla” (Ef 5,26), la que él se asoció mediante una Alianza eterna y de la que no cesa de cuidar como de su propio Cuerpo (cf. Ef 5,29):

He ahí el Cristo total, cabeza y cuerpo, un solo formado de muchos ... Sea la cabeza la que hable, sean los miembros, es Cristo el que habla. Habla en el papel de cabeza [“ex persona capitatis”] o en el de cuerpo [“ex persona corporis”]. Según lo que está escrito: “Y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, lo digo respecto a Cristo y la Iglesia.” (Ef 5,31-32) Y el Señor mismo en el evangelio dice: “De manera que ya no son dos sino una sola carne” (Mt 19,6). Como lo habéis visto bien, hay en efecto dos personas diferentes y, no obstante, no forman más que una en el abrazo conyugal ... Como cabeza él se llama “esposo” y como cuerpo “esposa” (San Agustín, psalm. 74, 4:PL 36, 948-949).

RANIERO CANTALAMESSA (www.cantalamessa.org)

Alegraos, siempre en el Señor

El Evangelio del tercer Domingo de Adviento tiene al centro en todos los tres ciclos a la figura de Juan el Bautista, a quien Jesús define como «más que un profeta» (Mateo 11,9). Nosotros le hemos dedicado a Juan el Bautista y a su mensaje la reflexión del Domingo pasado. El Evangelio de hoy reproduce el mismo «testimonio» del Precursor («Voz que clama en el desierto...») con la sola diferencia de que esta vez es Juan, más que Marcos, a referirlo.

Esto nos permite valorar otro tema presente en las lecturas y que precisamente da nombre a este Domingo. El tercer Domingo de Adviento se llama Domingo «de la alegría» y sella el paso de la primera parte del Adviento, prevalentemente austera y penitencial, a la segunda parte dominada por la misma espera de la salvación cercana. El título le viene de las palabras «alegraos» (gaudete), que se escuchan al inicio de la Misa:

«Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres... El Señor está cerca» (Filipenses 4, 4-5).

Pero, el tema de la alegría penetra también al resto de la liturgia de la palabra. En la primera lectura escuchamos el grito del profeta:

«Yo me alegro plenamente en el Señor, se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador».

El Salmo responsorial es el *Magnificat* de María, intercalado por el estribillo: «Se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador». En fin, la segunda lectura comienza con las palabras de Pablo: «Hermanos, estad siempre alegres».

Lo de ser felices es quizás el deseo humano más universal. Todos quieren ser felices. El poeta alemán Schiller ha cantado este anhelo universal de la alegría en una oda o poesía, que, después, Beethoven ha inmortalizado, creando el famoso himno a la alegría con el que concluye la Novena Sinfonía. Quizás muchos conocen esta música, pero no han podido conocer las palabras más que en el alemán original. Traduzco algunas frases:

«Alegría, centella divina / hija del Elíseo... / Todos los hombres se sienten hermanos, / cuando son deshojados de tu gentil ala... / Cada criatura sorbe la alegría / de los senos de la naturaleza. / Buenos y malos, todos persiguen su perfume. / También el gusano tiene su placer, / y los querubines tienen Dios».

Igualmente, el Evangelio es, a su modo, un largo himno a la alegría. El mismo nombre «Evangelio» significa, como sabemos, alegre noticia, anuncio de alegría. Pero, la alocución de la Biblia sobre la alegría es un discurso real, no ideal y veleidoso. Jesús, a este propósito, trae la comparación de la mujer al parir. Dice:

«Vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, está triste, porque le ha llegado su hora; pero cuando ha dado a luz al niño, ya no se acuerda del aprieto por el gozo de que ha nacido un hombre en el mundo. También vosotros estáis tristes ahora, pero volveré a veros y se alegrará vuestro corazón y vuestra alegría nadie os la podrá quitar» (Juan 16,20-22).

Con la comparación de la mujer al parir, Jesús nos ha dicho muchas cosas. La gravidez no es en general un período fácil para la mujer. Es más bien un tiempo de fastidios, de limitaciones de todo género: no se puede hacer, ni comer, ni vestir todo lo que se quiere, ni ir allá donde se quiera. Y precisamente cuando se trata de un embarazo a la vez querido y vivido en un clima sereno, no es un tiempo de tristeza, sino de alegría. El porqué es sencillo: se mira hacia adelante, se pregunta el momento en el que se podrá tener en brazos a la propia criatura. He escuchado decir a distintas madres que ninguna otra experiencia humana puede ser comparada a la felicidad que se siente al llegar a ser madre.

Todo esto nos dice una cosa bien determinada: las verdaderas y duraderas alegrías maduran siempre con el sacrificio. ¡No hay rosa sin espinas! En el mundo, placer y dolor (lo hemos observado ya otra vez) se siguen uno al otro con la misma regularidad con la que al elevarse una ola que empuja al nadador hacia la playa, le sigue un hundimiento y un vacío que lo aspira hacia atrás. El hombre busca desesperadamente separar a estos dos «hermanos siameses», aislar el placer del dolor. Pero, no lo consigue porque es el mismo desordenado placer el que se transforma en amargura. O de improviso y trágicamente, como nos narran las crónicas cotidianas, o un poco a la vez, a causa de su incapacidad de durar y del aburrimiento que engendra. Basta pensar, para dar ejemplos más evidentes, qué queda de la excitación de la droga un minuto después que ha cesado su efecto, o dónde lleva, también desde el punto de vista de la salud, el abuso desenfrenado del sexo. Pero, esto no lo decimos sólo nosotros los sacerdotes; es una constatación presente en tantas obras literarias. El poeta pagano Lucrecio tiene dos versos poderosos a este respecto: «Un no sé qué de amargo surge desde lo íntimo mismo de todo placer nuestro y nos angustia también en medio de nuestras complacencias» (*De rerum natura* IV, 1129 s.)

Por lo tanto, no pudiendo separar placer y dolor, se trata de escoger: o un placer pasajero que conduce a un dolor duradero, o un dolor pasajero que lleva a un placer duradero. Esto no vale sólo para el placer espiritual, sino para toda alegría humana honesta: la de un nacimiento, de una familia unida, de una fiesta, del trabajo llevado felizmente a término, la alegría de un amor bendito, de la

amistad, de una buena cosecha para la agricultura, de la creación artística para el artista, de una victoria deportiva para el atleta.

Todas estas alegrías también ellas exigen sacrificio, renunciadas, fidelidad al deber, constancia, esfuerzo; pero, el resultado es bien distinto del placer fácil y finalidad de sí mismo. Entre otras cosas, en el primer caso, la felicidad de uno es también la felicidad de los demás, es una alegría compartida; en el segundo, casi siempre la felicidad de uno es pagada por la infelicidad de otro, o hasta de otros. La alegría es como el agua: puede ser o limpia o turbia.

Alguno podría objetar: pero, ¿entonces para el creyente la alegría en esta vida será siempre y sólo objeto de espera, sólo una alegría «del más allá que ha de venir»? No, hay una alegría secreta y profunda, que consiste precisamente en la espera. Es más, en el mundo es quizás esta la forma más pura de la alegría; la alegría que se tiene en el esperar. Leopardi lo ha dicho maravillosamente en la poesía *Il sabato del villaggio*. La alegría más intensa no es la del domingo, sino la del sábado; no la de la fiesta, sino la de su espera. La diferencia está en que la fiesta que espera el creyente no durará sólo algunas horas, para ceder después de nuevo el puesto a la «tristeza y aburrimiento»; pero no durará para siempre.

He recordado con admiración algunos versos del himno a la alegría de Beethoven. Hay sin embargo en aquel himno un concepto que nos hace reflexionar. Dice: «Quien ha conseguido establecer una amistad duradera; quien ha tenido la suerte de tener una mujer fiel, que se una a nuestro coro. Pero, quien no tiene nada de todo esto, que se retire llorando de nuestro entorno». Palabras, pensándolo bien, terribles. La alegría, que se celebra aquí, no es para todos, sino sólo para algunos privilegiados. La alegría evangélica es para todos, sobre todo, dirá María en el *Magnificat*, para los «humildes y hambrientos». Precisamente en la aclamación al Evangelio de este Domingo Jesús define su mensaje como «para dar la Buena Noticia a los pobres» (Isaías 61,1).

Una de las mentiras con las que el maligno seduce a muchas personas es hacerles creer que Dios sea enemigo del placer, mientras que por el contrario el placer es un invento de Dios. En las *Cartas del Diablo a su sobrino* de C. S. Lewis, oímos a un diablo vetusto que desde el infierno instruye así al sobrino aprendiz de tentador, encargado de seducir a un valiente joven en la tierra: «No olvidéis nunca que cuando estamos tratando con el placer, con cualquier placer, en su forma sana y normal y satisfactorio, estamos, en un cierto sentido, en el terreno del Enemigo [el Enemigo aquí naturalmente es Dios]. Los placeres los ha inventado Él. Todo cuanto se nos permite hacer es animar a los humanos a servirse de los placeres que ha producido el Enemigo, o en los modos, o en la medida que él ha prohibido».

Quisiera, sin embargo, sacar también una pequeña conclusión práctica de esta reflexión sobre la alegría. No revirtamos sobre los demás siempre y sólo nuestras tristezas, nuestros achaques y preocupaciones. Hay gente que cree cometer pecado o echarse encima quizás algún castigo divino por decir con sencillez: ¡soy feliz! Por el contrario, por otra parte, cuánto bien hace en casa, al marido, a la mujer, a los hijos, a los ancianos, escuchar decir: ¡Estoy contento, estoy precisamente contento!

Dirijo esta llamada sobre todo a las mujeres. En un tiempo se decía que ellas son «el sol de la casa». He aquí el mejor modo para concluir esta bella misión. Sobre todo, los niños tienen necesidad de respirar aire de alegría en casa. Como las flores brotan con el calor, así los niños con la alegría. Es el mejor regalo que podéis hacerles en la Navidad, sin el cual todos los regalos no son más que sustitutos inútiles, si no hasta dañosos.

FLUVIUM (www.fluvium.org)

La espera santa del Adviento

Venimos preparándonos desde hace ya dos semanas a otra nueva conmemoración del nacimiento de nuestro Dios. No queremos que sean éstas unas fiestas tan sólo vacacionales. Queremos que sean unas fiestas, sí, pero fiestas cristianas. Deseamos festejar, por todo lo alto, que Nuestro Señor y Creador del mundo ha nacido para nuestra Salvación. ¡Que no nos acostumbremos a esta espera ni nos cansemos de ella! ¿Estoy notado en estos días una clara inquietud especial en mi espíritu? Claro que no se trata de perder la paz, sin embargo, es muy conveniente que haya manifestaciones interiores –por la oración– y hasta exteriores en nuestra vida, porque estamos en el Adviento: aguardamos otro renacimiento de Dios en cada uno.

El fundador del Opus Dei contemplado ilusionado este tiempo litúrgico, con su especial exigencia: *Ha llegado el Adviento. ¡Qué buen tiempo para remozar el deseo, la añoranza, las ansias sinceras por la venida de Cristo!, ¡por su venida cotidiana a tu alma en la Eucaristía! — Ecce veniet! — ¡que está al llegar!, nos anima la Iglesia.* Un buen modo, en efecto, de vivir el Adviento es cuidar mejor la Comunión eucarística.

No es posible esperar como es debido a Dios de cualquier modo. Como en su primera venida, al comienzo de nuestra era, se oyen voces. «**Haced recto el camino del Señor**», escuchaban las gentes de la boca del Bautista. Sin duda, es lo primero: una personal disposición, por genérica que sea, de querer agradar a Dios con la vida que llevamos. ¿Quién no lo desea?, podríamos pensar. Quien más quien menos quiere estar a bien con Dios. Claro..., que no es suficiente. No basta una disposición tan genérica, tampoco concreta y, por ello, y tan ineficaz. Algo así difícilmente puede impulsar a **rectificar el camino**, es decir, a cambiar actitudes y conductas que, con el Evangelio en la mano, desdican de un hijo de Dios.

Para esa mejora, que en alguna medida todos debemos procurar, hemos de prestar atención al Santo Padre. Es y será siempre el Bautista para los cristianos: **la voz del que clama en el desierto**. La voz que hemos de atender, atentamente, dedicando un tiempo a esa escucha, a esa lectura de lo que cada semana, y en otros momentos por cualquier circunstancia, declara para los hijos de la Iglesia. No pocas veces sentimos la duda, por la impresión –fundada– de que no hacemos bastante: ¿cómo concretar mejor mi vida cristiana? El Papa nos aconseja de continuo pautas precisas para las circunstancias de cada tiempo. No es difícil, a partir de esas ideas, personalizar. Habremos de dedicar luego un tiempo, por poco que sea, a la reflexión, a la meditación, al examen de nuestra conciencia en la presencia del Señor, que siempre nos ve y nos oye.

El propósito, bien puntualizado, es la manifestación más evidente –en este caso– de efectiva preparación a la venida de Dios en nuestra vida. Notaremos que nos cuesta, pero no debe ser eso una razón que nos retraiga. Quien nos amó primero y quiso vivir como hombre entre los hombres, nunca nos abandona en el momento difícil, que intuimos por nuestra debilidad. Al contrario, después de la decisión por agradarle más, Él mismo nos inunda con su Gracia. Contemplamos, entonces, la espera, el esfuerzo por llamar a cabo nuestros propósitos, y todo lo costoso que conlleva la coherencia con la fe, como una gozosa y fascinante aventura. Los éxitos y los fracasos, el dolor y el gozo, los adelantos y lo que parece marcha atrás en el camino por la santidad, se suceden, y se suceden también los frutos de amor a Dios y apostolado. Al final, casi sólo se recuerdan los frutos, y una inmensa gratitud brota el corazón, con renovados propósitos de fidelidad.

La piedad sencilla de San Josemaría se manifiesta espontánea en la meditación de lo que estas fechas suponen para el cristiano: *Navidad. Me escribes: “al hilo de la espera santa de María y*

de José, yo también espero, con impaciencia, al Niño. ¡Qué contento me pondré en Belén!: presiento que romperé en una alegría sin límite. ¡Ah!: y, con El, quiero también nacer de nuevo...”

— *¡Ojalá sea verdad este querer tuyo!*

Especialmente gozosa se hace la espera, sabiéndonos acompañados de Santa María. A Ella encomendamos la Navidad de todo el pueblo fiel, y la de cuantos aún no conocen la alegría de los hijos de Dios.

PALABRA Y VIDA (www.palabrayvida.com.ar)

La salvación cristiana

La liturgia nos ofrece hoy la ocasión de completar el conocimiento de “aquél que debe venir”, iniciado el domingo pasado. A los títulos de Cristo y de Hijo de Dios con los que el evangelista Marcos nos hablaba el domingo pasado del ser o de la persona de Jesús, se añade hoy el título de “Salvador” que nos habla de su obrar, es decir, de la salvación. El nombre completo de Jesús es entonces: Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador. Así se complacían en llamarlo las primeras generaciones cristianas. Nos quedó un recuerdo de aquel uso: el símbolo del pez que vemos tan a menudo representado en las catacumbas, en el arte antiguo cristiano. En griego pez suena *ichthys*, cuyas letras constituyen precisamente las iniciales de las palabras: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. Era una manera de profesarse y reconocerse como discípulos de Jesús, con un simple signo, sin poner en peligro la vida de unos y otros.

Todos los domingos de Adviento están caracterizados por la insistencia en el tema de la salvación; pero el de hoy lo está de una manera especial. Desde las varias lecturas se levanta como un himno a la salvación. En la primera lectura, el profeta Isaías canta: *Yo desbordo de alegría en el Señor, porque él me vistió con las vestiduras de la salvación y me envolvió con el manto de la justicia*. En el salmo responsorial oímos estas palabras cuyo eco se oye también en el Magníficat de María: *Mi espíritu exulta en Dios mi salvador*.

Se sabe que Isaías y María hablan aquí en nombre de Sión y de la Iglesia. Es la humanidad redimida o en espera de salvación que canta este himno a la salvación que viene de Dios. También el “gozoso anuncio” que hay que llevar a los pobres del cual se oye hablar en las lecturas de hoy es el anuncio de la salvación, el Reino. De Juan el Bautista, el pasaje evangélico dice que vino “como testigo de la luz”, es decir, como el anunciador de salvación: *Tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo para dar a su pueblo el conocimiento de la salvación* (Lc. 1,76).

Si también nosotros, como Juan el Bautista, queremos ser testigos de la salvación, debemos primero deseársela como la desearon los profetas, conocerla y gustar todas sus riquezas. Y debemos, sobre todo, aprender a conocer la fuente de donde ella brota: Jesucristo, Hijo de Dios y Salvador.

Hay dos maneras posibles de hablar sobre la salvación: una a partir de Dios, es decir, de la propuesta de salvación que desciende de lo alto; la otra, a partir del hombre, es decir, de la espera de salvación que sube desde abajo. Nosotros los cristianos debemos partir siempre de la primera: la salvación: para nosotros es un don gratuito de Dios que precede y excede toda expectativa del hombre. Es algo que *el ojo no vio, ni el oído oyó, ni en el corazón del hombre jamás entró* (1 Cor. 2,9). Para conocer la salvación debemos partir del Salvador, es decir, de Jesús.

Poco antes de la aparición de Jesús, el pueblo de Israel aparece a la mirada del historiador con un inmenso potencial de espera. Todos esperaban que Dios diera finalmente cumplimiento a las promesas de liberación, de paz, de libertad, de prosperidad y de gozo, hechas por medio de los profetas desde antiguo.

La historia de Jesús de Nazaret se inserta en esta espera de salvación. Él es su cumplimiento: *El tiempo (de espera) se ha cumplido y el Reino de Dios está cerca; conviértanse y crean en el evangelio* (Mc. 1,16). El mismo nombre de Jesús es anuncio de salvación: *Lo llamarás Jesús: de hecho, él salvará a su pueblo* (Mt. 1,21).

Cuando la primitiva comunidad más tarde meditaba sobre la vida terrena de Jesús, la vio toda ella como obra de salvación. Valor salvífico adquieren las sanaciones corporales que él obró (16 veces recurre en estos contextos al verbo *sozo*) signo de que la salvación que se realiza en él abarca a todo hombre, cuerpo y alma. Valor salvífico reviste la predicación de Jesús: ella lleva verdaderamente a aquel perfecto conocimiento de la voluntad de Dios esperado como uno de los más apreciados dones mesiánicos (Él nos enseñará sus caminos). Sin embargo, es sobre todo en el misterio pascual de la muerte-resurrección donde se realiza el significado salvífico de Jesús. En él, el Nuevo Testamento percibe el nuevo éxodo, la nueva alianza, la redención, la remisión de los pecados. Todo aquello que el Antiguo Testamento había esperado y simbolizado con el rito de la Pascua y con la figura del Siervo de Jahvé.

Pero la Iglesia apostólica no habla de la salvación en abstracto. En la base de todo lo que ella dice existe una experiencia concreta, carismática de la salvación “en Cristo”: En ningún otro (fuera de él) está la salvación, exclama el apóstol san Pedro (Hechos 4,12); y Pablo añade: Nosotros estamos ahora en paz con Dios. Tenemos acceso a la gracia; nos gloriamos de la esperanza. Hemos obtenido la reconciliación; gustamos las primicias del Espíritu (cfr. Rom. 5,1-11; 8,23). Todo esto, gracias a Jesucristo que ahora es llamado habitualmente “Nuestro Salvador” (2 Tim. 1,10; 2 Pe. 1,1) o “Salvador del mundo” (1 Jn. 4,14).

Este es el don de salvación hecho por Dios al hombre en Jesucristo. Ahora podemos mirar las esperanzas de salvación que salen del corazón del hombre. Nos preguntamos: ¿esta propuesta tiene todavía algo que decir al hombre de hoy? ¿Responde realmente a sus expectativas?

La idea que tiene el hombre hoy de la salvación está fuertemente influenciada por dos propuestas de salvación: la liberación de la necesidad (o de la opresión económica) del marxismo y la liberación del deseo (o del inconsciente) del psicoanálisis de Freud. Liberación se convirtió en poco tiempo en palabra mágica. Se habla de liberación de los condicionamientos socio-económicos, de la opresión de regímenes políticos totalitarios, de liberación de la mujer, de liberación sexual, etc. Liberación parece interpretar en modo más concreto y dinámico que la salvación el anhelo del hombre. Muchos cristianos han intentado, por esto, reinterpretar en esta clave el mensaje bíblico. No sin fundamento, por otro lado, porque la salvación obrada por Jesús, además de una liberación espiritual del pecado, de la ley y de la muerte (cfr. Rom. 5,20; 6,18; 7,6) exige y comprende también la liberación material del hambre, de la injusticia, de la enfermedad.

Sin embargo, la Iglesia no puede contentarse con la palabra liberación para expresar toda la esperanza de salvación de la cual es portadora. Debemos buscar una palabra nueva, igualmente abarcador a que la palabra salvación, pero menos gastada por el uso; tan dinámica como liberación pero menos sectorial y ambigua que ella.

Esta palabra existe, está en la Biblia. Más aún, está entre las más frecuentes en la Biblia. De todos modos es la que el evangelista Juan pone constantemente allí donde todos los autores ponen la

palabra salvación. Es la palabra “vida”. Vida se comporta frente a la salvación como lo concreto frente a lo abstracto y lo verdadero frente a la verdad. Todo lo que Dios quiere para el hombre se resume en la palabra vida: Yo soy el Viviente, dice el Señor; no quiero la muerte sino la vida (cfr. Ez. 33,11). “La gloria de Dios –escribió san Ireneo– es el hombre viviente”. Pero también colocándose en el punto de vista del hombre, ¿hay alguna cosa que le pueda hablar más elocuentemente al hombre que la vida? ¿Qué cosa quiere el hombre sino vivir? ¿De qué cosa quiere ser liberado sino de lo que mortifica la vida, es decir, de la necesidad, del dolor, del pecado y de la muerte? Y bien, Jesús se presentó como aquél que quiere y puede dar la vida al hombre: *He venido para que tengan vida y la tengan en abundancia* (Jn. 10,10). Su carne, su ser, es todo para la “vida del mundo”, es decir, *para que el mundo tenga vida* (Jn. 6,52).

Se trata de una vida que tiene su realización suprema en la esfera del Espíritu, pero que se funda, sin solución de continuidad, en la vida biológica, psíquica y social del hombre. Cristo multiplica el pan para la vida del cuerpo, después da su cuerpo para la vida del alma. Es una vida eterna que responde por tanto al insuprimible deseo del hombre a quien, como dice san Agustín, no le basta “vivir bien”, porque quiere “vivir siempre”. Esta es la promesa que nos hizo él: *la vida eterna* (1 Jn. 2,25).

Debemos redescubrir la fuerza de este anuncio de vida para volver a proponérselo al hombre de hoy que tiene sed de él. Nuestra sociedad actual está amenazada de los fermentos de muerte, a partir del ambiente amenazado por la muerte biológica, hasta la voluntad de morir que se expresa en la droga y en la voluntad de hacer morir que se expresa en el aborto y la violencia. La eficacia y la relevancia de la salvación anunciada por los cristianos se mide hoy en este terreno, es decir, por la capacidad de contrastar esta lógica de muerte, en nombre de Jesucristo. Hijo de Dios y Salvador que hizo al mundo el don de su propia vida.

La Iglesia tiene razón de alegrarse en este tiempo de Adviento por “haber sido revestida con la vestimenta de la salvación, en vuelta con el manto de la justicia”. Sin embargo, esto no basta; ella debe hacer germinar la salvación también delante de todos los pueblos como un jardín hace brotar la semilla. Debe ser fermento de vida entre los hombres. Es nuestra tarea de cristianos. El Adviento nos lo recuerda, la Eucaristía nos renueva en su certeza para que sepamos proclamarla a los hermanos que están tristes porque están sentados en la sombra de la muerte.

BIBLIOTECA ALMUDÍ (www.almudi.org)

Homilía con textos de homilías pronunciadas por San Juan Pablo II

Homilía en la parroquia romana de Nuestra Señora de Valme (15-XII-1996)

– El Señor está cerca

Gaudete in Domino semper. Iterum dico: Gaudete! (...) Dominus prope. “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito, estad alegres (...). El Señor está cerca” (Fil 4,4-5). De esas palabras de la carta de San Pablo a los Filipenses este domingo toma el nombre litúrgico *Gaudete*. Hoy, la liturgia nos invita a estar alegres porque se acerca la Navidad del Señor. En efecto, faltan sólo diez días.

El Apóstol, en su carta a los Tesalonicenses, exhorta así: “Estad siempre alegres. Sed constantes en orar. En toda ocasión tened la acción de gracias. Que el mismo Dios de la paz os consagre totalmente, y que todo vuestro ser, alma y cuerpo sea custodiado sin reproche hasta la parusía de nuestro Señor Jesucristo” (1Tes 5,16-18.23).

Se trata, por tanto, de una típica exhortación de Adviento.

El Adviento es el tiempo litúrgico que nos prepara para la Navidad del Señor, pero es también el tiempo de la espera del retorno definitivo de Cristo para el juicio final, y San Pablo se refiere, en primer lugar, a esta segunda venida. El mismo hecho de que la conclusión del año litúrgico coincida con el inicio del Adviento sugiere que “el inicio del tiempo de la salvación” está relacionado, en cierto modo, con el “fin de los tiempos”. Vale siempre esta exhortación propia del Adviento: “¡El Señor está cerca!”.

– **Alegría**

En la liturgia de hoy prevalece la perspectiva de la venida de Cristo en la Navidad, ya cercana. El eco de la alegría por el nacimiento del Mesías resuena en el *Magnificat*, cántico que brota de María durante la visita a la esposa de Zacarías, ya de edad avanzada. Isabel saluda a María con estas palabras: “y ¿de dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Porque, apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!” (Lc 1,43-45).

Isabel, de edad avanzada y sin la perspectiva de una posible maternidad, se dio cuenta de que la gracia extraordinaria que se le había concedido estaba estrechamente unida al plan divino de salvación. El hijo que debía nacer de ella había sido escogido por Dios como el Precursor llamado a preparar el camino para Cristo (cf. Lc 1,76). Y María responde con las palabras del *Magnificat*, citadas hoy en el Salmo responsorial: “Y dijo María: Engrandece mi alma al Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi salvador porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava, por eso desde ahora todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mi favor maravillas el Poderoso, Santo es su nombre” (Lc 1,46-49).

– **Sólo hay salvación en Cristo**

Juan Bautista es una de las figuras bíblicas significativas que encontramos en este tiempo fuerte del año litúrgico. En el cuarto Evangelio leemos: “Hubo un hombre, enviado por Dios: se llamaba Juan. Éste vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él. No era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz” (Jn 1,6-8). A la pregunta: “¿Quién eres?”, Juan el Bautista responde: “No soy el Mesías, ni Elías ni ninguno de los profetas” (cf. Jn 1,19-20). Y, ante la insistencia de los enviados de Jerusalén, declara: “Yo soy la voz que grita en el desierto: Allamad el camino del Señor” (Jn 1,23).

Con esta cita de Isaías, Juan revela en cierto sentido, su propia identidad, precisando con claridad su papel peculiar en la historia de la salvación. Y cuando los representantes del Sanedrín le preguntan: “Juan les respondió: Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mí, a quien yo no soy digno de desatarle la correa de su sandalia.” (Jn 1,26-27).

El testimonio de Juan Bautista resuena en el estribillo del Adviento: “El Señor está cerca”. Las diferentes perspectivas de la noche de Belén y del bautismo en el Jordán se encuentran en la misma verdad: es necesario espabilar y preparar el camino del Señor que viene.

“El espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran” (Is 61,1-62).

Cristo se atribuirá a sí mismo estas palabras del Profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret, en el momento de comenzar su misión pública. Hoy nos la repite a nosotros en esta asamblea litúrgica, y las

repente invitándonos a la alegría también con palabras de Isaías: “Desbordo de gozo en el Señor y me alegro con mi Dios: porque me ha vestido con un traje de gala y me ha envuelto en un manto de triunfo” (Is 61,10).

Del anuncio gozoso del profeta se hace eco San Pablo en el pasaje de la carta a los Tesalonicenses, que acabamos de proclamar. Isaías afirma: “Desbordo de gozo con el Señor” (Is 61,10), y Pablo exhorta: “Estad siempre alegres. El Señor está cerca” (cf. Flp 4,4-5, 1Tes 5,16.23). El Señor Jesús está cerca de nosotros en cada momento de nuestra existencia. Está cerca si lo vemos en la perspectiva de la Navidad, pero también está cerca si lo contemplamos a la ribera del Jordán, cuando recibe oficialmente del Padre la investidura mesiánica por último, está cerca en la perspectiva de su retorno al final de los tiempos.

¡Cristo está cerca! Viene en virtud del Espíritu Santo para anunciar la buena nueva; viene para sanar y liberar, para proclamar un tiempo de gracia y de salvación para comenzar ya en la noche de Belén, la obra de la redención del mundo.

Por tanto, estemos siempre alegres y exultemos. El Señor está cerca, viene para salvarnos.

Homilía a cargo de D. Justo Luis Rodríguez Sánchez de Alva

La figura del Bautista tiene un gran protagonismo en el Adviento como presentador de la figura de Cristo. En el Evangelio de la Misa de hoy nos pide que pongamos la mirada en Jesús. “En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia”. ¡Cómo se parece la predicación del Bautista a la tarea del cristiano de testimoniar a Jesucristo! Debemos dar a conocer a Jesús con nuestra actuación y nuestra conversación, pero al que no conocemos bien por desidia o poco interés.

El propio S. Juan Bautista no fue ajeno a esta conversión que proponía. Recordemos aquel episodio en que desde la prisión donde lo ha encerrado Herodes envía a sus discípulos a preguntar a Jesús si es él el que había de venir o hay que esperar a otro. Las tinieblas de las largas noches de la prisión no fueron las más oscuras que el Bautista padeció. La oscuridad le envuelve en la incertidumbre sobre la misión de aquél a quien él había preparado el camino. Iba a llegar la claridad y el mundo no estaría rodeado ya de la niebla pegajosa del mal. Pero Jesús va de un lado para otro enseñando y haciendo el bien, aceptado por unos y rechazado por otros, y la vida seguía siendo el misterio de luces y sombras, de bien y de mal, que todos conocemos y que hace vacilar la fe.

Han pasado más de 2.000 años y muchos se hacen hoy también la misma pregunta: ¿Eres Tú la salvación del mundo, quien iba a traernos la paz que pusiera fin a tantos enfrentamientos? Jesús en su respuesta nos remite al profeta Isaías que había anunciado un Mesías que padece con el hombre y le enseña a entregarse, incluso hasta la muerte, por la salvación del género humano. Un Mesías que no tendría un éxito puramente terreno, dando así cumplimiento a sus palabras: “Dichoso el que no se escandalice de Mí”. Esto es, dichoso el que no se desconcierte ni se desanime ante la aparente debilidad con la que el cristiano ha de hacer frente a la formidable exhibición de fuerza del poder de las tinieblas.

¡Dichoso quien sabe orientarse en la oscuridad, lleno de fe y de esperanza! ¡Dichoso el que no exige certezas y resultados inmediatos a la hora de influir cristianamente en la sociedad en que vive: los hijos, los familiares y amigos, los compañeros de profesión, los vecinos, sino que descubre a Dios en la opacidad del mundo y de la propia vida! El cristiano hoy, como el Bautista entonces, será profundamente bienaventurado si realiza esta conversión que permite ver a Dios en medio de la

noche terrena. Así se entiende el profundo significado de aquella sentencia del Precursor: “Conviene que Él crezca y que yo mengüe”; es decir, es preciso fiarse del Señor, aceptar sus modos de hacer y abandonar los nuestros, sustituir nuestra lógica por la suya.

“En medio de vosotros hay uno que no conocéis”. Conoceremos a Dios en la medida en que nos liberemos de nosotros mismo. Aquí está lo medular del Adviento, la profunda conversión que nos reclama. Conoceremos a Dios, su modo de operar en el mundo, en la medida en que le hagamos un sitio en nuestra cabeza y en nuestro corazón; cuando le aceptemos como es. Quien no haga un hueco en su corazón para la llegada de Dios, permitiendo que Él crezca y disminuya nuestra mal entendida suficiencia, gastará sus días buscándole en vano. Supliquemos al Señor que esto no nos suceda.

Homilía basada en el Catecismo de la Iglesia Católica

“Existe desde siempre, está en medio de nosotros y no lo conocemos”

Is 61,1-2a.10-11: “Desborde de gozo con el Señor”

Sal: Lc 1,46-48.49-50.53-54: “Se alegra mi espíritu en Dios, mi Salvador”

1Ts 5,16-24: “Que vuestro espíritu, alma y cuerpo, sea custodiado hasta la venida del Señor”

Jn 1,6-8.19-28: “En medio de vosotros hay uno que no conocéis”

La imagen de los desposorios, tan frecuentemente usada en el Antiguo Testamento, es usada una vez más, como reflejo de la Alianza de Dios con su Pueblo. El clima de alegría y de gozo desbordante que recoge el profeta encaja perfectamente en este domingo denominado “Gaudete”.

Consciente de su papel de precursor, Juan “desvía” hábilmente la conversación para que quienes preguntan quién es él, se dirijan hacia la persona de Jesús. O tal vez se trate de una lección más sutil, buscando que sus interlocutores descubran que no pueden comprender la persona de Juan, sin referencia a Jesús. Esto sí es verdaderamente “cristiano”, es decir, nadie que se llame cristiano puede encontrar su identidad al margen de Jesucristo.

Es conocida la famosa tesis de Pirandello: “Yo soy lo que realmente soy; yo soy lo que creo que soy; yo soy lo que los demás creen que soy; yo soy lo que creo que los demás creen que soy”. Aplicada esta frase a las circunstancias del hombre de hoy, descubrimos que tan importante es a veces lo que piensan de uno como lo que uno realmente es. ¿Será por eso por lo que el hombre de hoy cuida tanto la imagen? El riesgo está en que al final puede no saberse dónde está la verdad, si en la imagen o en el hombre que hay detrás.

— Cristo en el centro de toda catequesis:

“En la catequesis lo que se enseña es a Cristo, el Verbo encarnado e Hijo de Dios y todo lo demás en referencia a Él; el único que enseña es Cristo, y cualquier otro lo hace en la medida en que es portavoz suyo, permitiendo que Cristo enseñe por su boca” (427; cf. 426-429).

— El bautismo de Juan, distinto del de Cristo:

“En fin, con Juan Bautista, el Espíritu Santo inaugura, prefigurándolo, lo que realizará con y en Cristo: volver a dar al hombre la « semejanza » divina. El bautismo de Juan era para el arrepentimiento, el del agua y del Espíritu será un nuevo nacimiento” (720).

— El Bautismo, compromiso con la fe:

“Los bautizados «por su nuevo nacimiento como hijos de Dios están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios por medio de la Iglesia» (LG 11) y a participar en la actividad apostólica y misionera del Pueblo de Dios” (1270).

— El bautismo, asimilación a Cristo:

“Por el bautismo, el cristiano se asimila sacramentalmente a Jesús que anticipa en su bautismo su muerte y su resurrección; debe entrar en este misterio de rebajamiento humilde y de arrepentimiento, descender al agua con Jesús para subir con Él, renacer del agua y del Espíritu para convertirse, en el Hijo, en hijo amado del Padre y «vivir una vida nueva» (Rm 6,4)” (537).

— “Enterrémonos con Cristo por el Bautismo, para resucitar con Él; descendamos con Él para ser ascendidos con Él, ascendamos con Él para ser glorificados con Él” (San Gregorio Nacianceno, Or 40,9)” (537).

— “Todo lo que aconteció en Cristo nos enseña que después del baño del agua, el Espíritu Santo desciende sobre nosotros desde lo alto del cielo y que, adoptados por la voz del Padre, lleguemos a ser hijos de Dios (San Hilario, Mat 2)” (537).

Cuando el cristiano se da cuenta de que no es autor de la luz sino testigo y portador, empieza a preparar los caminos del Señor.

HABLAR CON DIOS (www.hablarcondios.org)

La alegría del Adviento.

– **Adviento: tiempo de alegría y de esperanza. La alegría es estar cerca de Jesús; la tristeza, perderle.**

I. La liturgia de la Misa de este domingo nos trae la recomendación repetida que hace San Pablo a los primeros cristianos de Filipos: *Estad siempre alegres en el Señor; de nuevo os lo repito, alegraos*¹. Y a continuación, el Apóstol da la razón fundamental de esta alegría profunda: *el Señor está cerca*.

Es también la alegría del Adviento y la de cada día: Jesús está muy cerca de nosotros. Está cada vez más cerca. Y San Pablo nos da también la clave para entender el origen de nuestras tristezas: nuestro alejamiento de Dios, por nuestros pecados o por la tibieza.

El Señor llega siempre a nosotros en la alegría y no en la aflicción. “Sus misterios son todos misterios de alegría; los misterios dolorosos los hemos provocado nosotros”².

*Alégrate, llena de gracia, porque el Señor está contigo*³, le dice el Ángel a María. Es la proximidad de Dios la causa de la alegría en la Virgen. Y el Bautista, no nacido aún, manifestará su gozo en el seno de Isabel ante la proximidad del Mesías⁴. Y a los pastores les dirá el Ángel: *No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría que es para todo el pueblo; pues os ha nacido hoy un Salvador...*⁵ La Alegría es tener a Jesús, la tristeza es perderle.

¹ Flp 4, 4.

² P. A. REGGIO, *Espíritu sobrenatural y buen humor*, Madrid 1966, p. 20.

³ Lc 1, 28.

⁴ Lc 2, 4.

⁵ Lc 2, 10-11.

La gente seguía al Señor y los niños se le acercaban (los niños no se acercan a las personas tristes), y *todos se alegraban viendo las maravillas que hacía*⁶.

Después de los días de oscuridad que siguieron a la Pasión, Jesús resucitado se aparecerá a sus discípulos en diversas ocasiones. Y el Evangelista irá señalando una y otra vez que los Apóstoles *se alegraron viendo al Señor*⁷. Ellos no olvidarán jamás aquellos encuentros en los que sus almas experimentaron un gozo indescriptible.

Alegraos, nos dice hoy San Pablo. Y tenemos motivos suficientes. Es más, poseemos el único motivo: *El Señor está cerca*. Podemos aproximarnos a Él cuanto queramos. Dentro de pocos días habrá llegado la Navidad, nuestra fiesta, la de los cristianos, y la de la humanidad, que sin saberlo está buscando a Cristo. Llegará la Navidad y Dios nos espera alegres, como los pastores, como los Magos, como José y María.

Nosotros podremos estar alegres si el Señor está verdaderamente presente en nuestra vida, si no lo hemos perdido, si no se han empañado nuestros ojos por la tibieza o la falta de generosidad. Cuando para encontrar la felicidad se ensayan otros caminos fuera del que lleva a Dios, al final sólo se halla infelicidad y tristeza. La experiencia de todos los que, de una forma o de otra, volvieron la cara hacia otro lado (donde no estaba Dios), ha sido siempre la misma: han comprobado que fuera de Dios no hay alegría verdadera. No puede haberla.

Encontrar a Cristo, y volverlo a encontrar, supone una alegría profunda siempre nueva.

– **La alegría del cristiano. Su fundamento.**

II. Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque vendrá nuestro Señor⁸. *En sus días florecerá la justicia y la paz*⁹.

El cristiano debe ser un hombre esencialmente alegre. Sin embargo, la nuestra no es una alegría cualquiera, es la alegría de Cristo, que trae la justicia y la paz, y sólo Él puede darla y conservarla, porque el mundo no posee su secreto.

La alegría del mundo la proporciona lo que enajena...; nace precisamente cuando el hombre logra escapar de sí mismo, cuando mira hacia fuera, cuando logra desviar la mirada del mundo interior, que produce soledad porque es mirar al vacío. El cristiano lleva su gozo en sí mismo, porque encuentra a Dios en su alma en gracia. Esta es la fuente permanente de su alegría.

No nos es difícil imaginar a la Virgen, en estos días de Adviento, radiante de alegría con el Hijo de Dios en su seno.

La alegría del mundo es pobre y pasajera. La alegría del cristiano es profunda y capaz de subsistir en medio de las dificultades. Es compatible con el dolor, con la enfermedad, con los fracasos y las contradicciones. *Yo os daré una alegría que nadie os podrá quitar*¹⁰, ha prometido el Señor. Nada ni nadie nos arrebatará esa paz gozosa, si no nos separamos de su fuente.

Tener la certeza de que Dios es nuestro Padre y quiere lo mejor para nosotros nos lleva a una confianza serena y alegre, también ante la dureza, en ocasiones, de lo inesperado. En esos momentos que un hombre sin fe consideraría como golpes fatales y sin sentido, el cristiano descubre al Señor y,

⁶ Lc 13, 7.

⁷ Cfr. Jn 20, 20.

⁸ Is 49, 13.

⁹ Sal 71, 7.

¹⁰ Jn 16, 22.

con Él, un bien mucho más alto. *¡Cuántas contrariedades desaparecen, cuando interiormente nos colocamos bien próximos a ese Dios nuestro, que nunca abandona! Se renueva, con distintos matices, ese amor de Jesús por los suyos, por los enfermos, por los tullidos, que pregunta: ¿qué te pasa? Me pasa... Y, enseguida, luz o, al menos, aceptación y paz*¹¹. “¿Qué te pasa?”, nos pregunta. Y le miramos y ya no nos pasa nada. Junto a Él recuperamos la paz y la alegría.

Tendremos dificultades, como las han tenido todos los hombres; pero estas contrariedades grandes o pequeñas no nos quitan la alegría. La dificultad es algo ordinario con lo que debemos contar, y nuestra alegría no puede esperar épocas sin contrariedades, sin tentaciones y sin dolor. Es más, sin los obstáculos que encontramos en nuestra vida no habría posibilidad de crecer en las virtudes.

El fundamento de nuestra alegría debe ser firme. No se puede apoyar exclusivamente en cosas pasajeras: noticias agradables, salud, tranquilidad, desahogo económico para sacar la familia adelante, abundancia de medios materiales, etcétera, cosas todas buenas, si no están desligadas de Dios, pero por sí mismas insuficientes para proporcionarnos la verdadera alegría.

El Señor nos pide estar alegres siempre. *Cada uno mire cómo edifica, que en cuanto al fundamento, nadie puede tener otro sino el que está puesto, Jesucristo*¹². Sólo Él es capaz de sostenerlo todo en nuestra vida. No hay tristeza que Él no pueda curar: *no temas, ten sólo fe*¹³, nos dice. Él cuenta con todas las situaciones por las que ha de pasar nuestra vida, y también con aquellas que son resultado de nuestra insensatez y de nuestra falta de santidad. Para todos tiene remedio.

En muchas ocasiones, como en este rato de oración, será necesario que nos dirijamos a Él en un diálogo íntimo y profundo ante el Sagrario; y que abramos nuestra alma en la Confesión, en la dirección espiritual personal. Allí encontraremos la fuente de la alegría; y nuestro agradecimiento se manifestará en mayor fe, en una crecida esperanza, que aleje toda tristeza, y en preocupación por los demás.

*Dentro de poco, de muy poco, el que viene llegará. Espera, porque ha de llegar sin retrasarse*¹⁴, y con Él llega la paz y la alegría; con Jesús encontramos el sentido a nuestra vida.

– Llevar alegría a los demás. Es imprescindible en toda labor de apostolado.

III. Un alma triste está a merced de muchas tentaciones. ¡Cuántos pecados se han cometido a la sombra de la tristeza! Cuando el alma está alegre se vierte hacia afuera y es estímulo para los demás; la tristeza oscurece el ambiente y hace daño. La tristeza nace del egoísmo, de pensar en uno mismo con olvido de los demás, de la indolencia ante el trabajo, de la falta de mortificación, de la búsqueda de compensaciones, del descuido en el trato con Dios.

El olvido de uno mismo, el no andar excesivamente preocupados en las propias cosas es condición imprescindible para poder conocer a Cristo, objeto de nuestra alegría, y para poder servirle. Quien anda excesivamente preocupado de sí mismo difícilmente encontrará el gozo de la apertura hacia Dios y hacia los demás.

Y para alcanzar a Dios y crecer en la virtud debemos estar alegres.

¹¹ SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, 249.

¹² 1 Cor 3, 11.

¹³ Lc 8, 50.

¹⁴ Heb 10, 37.

Por otra parte, con el cumplimiento alegre de nuestros deberes podemos hacer mucho bien a nuestro alrededor, pues esa alegría lleva a Dios. Recomendaba San Pablo a los primeros cristianos: *Llevad los unos las cargas de los otros y así cumpliréis la ley de Cristo*¹⁵. Y frecuentemente, para hacer la vida más amable a los demás, basta con esas pequeñas alegrías que, aunque de poco relieve, muestran con claridad que los consideramos y apreciamos: una sonrisa, una palabra cordial, un pequeño elogio, evitar tragedias por cosas de poca importancia que debemos dejar pasar y olvidar. Así contribuimos a hacer más llevadera la vida a las personas que nos rodean. Esa es una de las grandes misiones del cristiano: llevar alegría a un mundo que está triste porque se va alejando de Dios.

En muchas ocasiones el regato lleva a la fuente. Esas muestras de alegría conducirán a quienes nos tratan habitualmente a la fuente de toda alegría verdadera, a Cristo nuestro Señor.

Preparemos la Navidad junto a Santa María. Procuremos también prepararla en nuestro ambiente, fomentando un clima de paz cristiana, y brindemos muchas pequeñas alegrías y muestras de afecto a quienes nos rodean. Los hombres necesitan pruebas de que Cristo ha nacido en Belén, y pocas pruebas hay tan convincentes como la alegría habitual del cristiano, también cuando lleguen el dolor y las contradicciones. La Virgen las tuvo abundantes al llegar a Belén, cansada de tan largo viaje, y al no encontrar lugar digno donde naciera su Hijo; pero esos problemas no le hicieron perder la alegría de que Dios *se hizo hombre y habitó entre nosotros*.

Rev. D. Joaquim MESEGUER García (Barcelona) (www.evangelinet.net)

«En medio de vosotros está uno a quien no conocéis»

Hoy, en medio del Adviento, recibimos una invitación a la alegría y a la esperanza: «Estad siempre alegres y orad sin cesar. Dad gracias por todo» (1Tes 5,16-17). El Señor está cerca: «Hija mía, tu corazón es el cielo para Mí», le dice Jesús a santa Faustina Kowalska (y, ciertamente, el Señor lo querría repetir a cada uno de sus hijos). Es un buen momento para pensar en todo lo que Él ha hecho por nosotros y darle gracias.

La alegría es una característica esencial de la fe. Sentirse amado y salvado por Dios es un gran gozo; sabernos hermanos de Jesucristo que ha dado su vida por nosotros es el motivo principal de la alegría cristiana. Un cristiano abandonado a la tristeza tendrá una vida espiritual raquítica, no llegará a ver todo lo que Dios ha hecho por él y, por tanto, será incapaz de comunicarlo. La alegría cristiana brota de la acción de gracias, sobre todo por el amor que el Señor nos manifiesta; cada domingo lo hacemos comunitariamente al celebrar la Eucaristía.

El Evangelio nos ha presentado la figura de Juan Bautista, el precursor. Juan gozaba de gran popularidad entre el pueblo sencillo; pero, cuando le preguntan, él responde con humildad: «Yo no soy el Mesías...» (cf. Jn 1,21); «Yo bautizo con agua, pero en medio de vosotros está uno a quien no conocéis, que viene detrás de mí» (Jn 1,26-27). Jesucristo es Aquél a quien esperan; Él es la Luz que ilumina el mundo. El Evangelio no es un mensaje extraño, ni una doctrina entre tantas otras, sino la Buena Nueva que llena de sentido toda vida humana, porque nos ha sido comunicada por Dios mismo que se ha hecho hombre. Todo cristiano está llamado a confesar a Jesucristo y a ser testimonio de su fe. Como discípulos de Cristo, estamos llamados a aportar el don de la luz. Más allá de esas palabras, el mejor testimonio, es y será el ejemplo de una vida fiel.

¹⁵ Gal 6, 2.

